

Maigret

SIMENON

La sombra chinesca



Un mundo de novela ... www.miscolecciones.org

Un mundo de novela
www.miscolecciones.org



En la oscuridad de un patio de la parisiense Place des Vosges, unas siluetas se recortan, como sombras chinescas, en las ventanas: la del ex embajador que vive en la primera planta, la de una loca, y la del muerto, rico empresario asesinado ante su escritorio. Otras figuras se cruzan: burgueses acomodados, enjutos funcionarios...

¿Qué nexos hay entre esos tristes reflejos? Impasible, Maigret observa con atención a los moradores del edificio, pues el criminal se halla entre ellos. El comisario deberá aclarar y comprender ese misterio con el que tropieza sin cesar en su oficio: el del odio, la codicia y el terror.

Pero durante las pesquisas, en ciertos momentos, el sagaz comisario se siente hastiado, casi asqueado.

Georges Simenon

La sombra chinesca

Comisario Maigret - 13

Título original: *L'ombre chinoise*
Georges Simenon, 1932
Traducción: Javier Albiñana

Editor digital: Titivillus



La sombra chinesca

Eran las diez de la noche. La verja del jardincillo estaba cerrada; la Place des Vosges, desierta, con la reluciente calzada marcada en el asfalto, el incesante canto de las fuentes, y los árboles desnudos y los tejados, idénticos, recortándose, monótonos, en el cielo.

Bajo los arcos, prodigioso cinturón de la plaza, pocas luces. Apenas tres o cuatro tiendas. El comisario Maigret vio a una familia que comía en una de ellas, atestada de coronas mortuorias.

Intentaba leer los números de los portales, pero, en cuanto rebasó la tienda de las coronas, una mujer bajita salió de la oscuridad.

—¿Es usted la persona a quien he telefoneado hace un rato?

Debía de hacer tiempo que aguardaba. Pese al frío de noviembre, no se había echado un abrigo sobre el delantal; tenía la nariz colorada, los ojos inquietos. A menos de cien metros, en la esquina de la Rue de Béarn, montaba guardia un agente de uniforme.

—¿Por qué no le ha avisado a él? —rezongó Maigret.

—No lo hice porque Madame de Saint-Marc va a dar a luz. ¡Mire! Ahí llega el coche del médico; lo han avisado con urgencia.

Había tres coches estacionados junto a la acera: faros encendidos, luz roja trasera. El cielo, por el que desfilaban las nubes sobre un fondo teñido de luz de luna, mostraba palideces inciertas.

Parecía como si flotaran en el aire las primeras nieves.

La portera se internó bajo el portal abovedado del edificio, alumbrado por una bombilla de veinticinco bujías mugrienta de polvo.

—Le explicaré: esto es el patio, hay que cruzarlo para ir a cualquier parte del edificio, menos para las dos tiendas; ahí, a la izquierda, está mi portería. No se fije usted mucho, no he tenido tiempo de meter a los niños en la cama. —Había dos, chico y chica, en la desordenada cocina. Pero la portera no entró. Al fondo del patio, que era amplio, de proporciones armoniosas, señaló un edificio alargado—: Ahí es. Ahora entenderá usted...

Maigret miraba con curiosidad a la extraña mujercilla, cuyas manos se agitaban febriles.

«Preguntan por un comisario al teléfono», le habían dicho hacía un rato en el Quai des Orfèvres.

Había oído una voz apagada.

«Hable más fuerte, ¡no oigo!», había repetido Maigret tres o cuatro veces.

«No puedo. Le llamo desde el estanco porque...». El mensaje carecía de sentido. «Tienen que venir ahora mismo a la Place des Vosges, número sesenta y uno... Sí. Creo que ha habido un asesinato. ¡Pero que no se entere nadie aún!».

Y ahora la portera señalaba las amplias ventanas del primer piso. Tras las cortinas se vislumbraba un trajín de sombras.

—Ahí está.

—¿El cadáver?

—¡No! Madame de Saint-Marc, que está dando a luz. Es su primer parto, y está bastante débil, ¿sabe usted?

El patio, sólo iluminado por un farol de pared, estaba más oscuro que la Place des Vosges. Se adivinaba una escalera tras una puerta acristalada y, aquí y allá, ventanas iluminadas.

—Pero ¿y el asesinato del que habló usted?

—Verá: a las seis se marcharon los empleados de Couchet...

—Un momento. ¿Qué es eso de «Couchet»?

—El edificio del fondo, un laboratorio donde fabrican sueros. ¿No le suenan a usted los sueros del doctor Rivière?

—¿Es en esa ventana iluminada?

—Aguarde. Estamos a día 30. Además, Monsieur Couchet tiene la costumbre de quedarse solo cuando cierran las oficinas. Lo vi a través del cristal, sentado en su sillón. Mire.

Una ventana de vidrios esmerilados. Una sombra extraña, como la de un hombre desplomado hacia delante en su escritorio.

—¿Es él?

—Sí. Hacia las ocho, cuando fui a tirar la basura, eché un vistazo. El hombre estaba escribiendo. Se le veía muy bien la mano, y sostenía un portaplumas o un lápiz.

—Y el crimen, ¿a qué hora...?

—¡Un momento! Después subí a preguntar por Madame de Saint-Marc. Al bajar, miré de nuevo. Estaba igual que ahora, y me pareció que se había dormido.

Maigret empezaba a impacientarse.

—Un cuarto de hora después...

—¡Ya! ¡Seguía en el mismo sitio! Vaya usted al grano, por favor.

—Eso es todo. Quise averiguar qué ocurría y llamé a la puerta del despacho. Como no contestaron, entré. ¡Está muerto! ¡Hay sangre por todas partes!

—¿Por qué no fue usted a avisar a la comisaría? Está muy cerca, en la Rue de Béarn.

—¡Se habrían presentado todos de uniforme! Habrían alborotado la casa. Ya le he dicho que Madame de Saint-Marc...

Maigret tenía las manos metidas en los bolsillos. Miró hacia las ventanas del primer piso y le pareció que se acercaba el momento, pues se advertía más agitación. Se oyó abrirse una puerta, pasos en la escalera. En el patio se recortó una figura alta y ancha, y la portera, tocando el brazo del comisario, murmuró con respeto:

—Monsieur de Saint-Marc. Es un ex embajador.

El hombre, cuyo rostro permanecía invisible, echó de nuevo a andar, y volvió a detenerse, sin dejar de observar las ventanas de su casa.

—Le habrán pedido que salga. Ya antes... Venga usted. ¡Vaya, hombre! ¡Ya están ésas otra vez con el gramófono! ¡Y justo encima de los Saint-Marc!

Una ventana más pequeña de la segunda planta, peor iluminada. Estaba cerrada y se adivinaba, más que oírse, la música de un gramófono.

La portera, desazonada, nerviosa, con los ojos enrojecidos, caminaba hacia el fondo del patio y señalaba una pequeña escalinata, una puerta

entreabierta.

—Allá a la izquierda lo verá. Yo prefiero no entrar.

Un despacho anodino. Muebles claros. Empapelado liso.

Y un hombre de cuarenta y cinco años sentado en un sillón, con la cabeza caída sobre los papeles desparramados ante él. Tenía un balazo en mitad del pecho.

Maigret aguzó el oído: la portera seguía esperando fuera y Monsieur de Saint-Marc continuaba dando zancadas por el patio. De vez en cuando pasaba un autobús por la plaza y su estruendo intensificaba el silencio posterior.

El comisario no tocó nada. Se cercioró tan sólo de que el arma no estuviera en el despacho, permaneció tres o cuatro minutos mirando a su alrededor, al tiempo que arrancaba breves bocanadas de la pipa, y salió con aire obcecado.

—¿Qué?

—Nada. Está muerto.

—Acaban de llamar a Monsieur de Saint-Marc ahí arriba.

El piso bullía de agitación. Sonaban portazos. Alguien corría.

—La pobre mujer es tan debilucha...

—¡Ya! —gruñó Maigret rascándose la nuca—. Sólo que no es ése el caso. ¿Tiene usted idea de quién pudo entrar en el despacho?

—¿Yo? ¿Cómo puedo saberlo?

—Digo yo que, desde la portería, verá usted pasar a los inquilinos, ¿no?

—¿Eso cree? Si el dueño del edificio arreglase la portería como debiera y no fuera tan tacaño con la luz... Como mucho, oigo pasos, y por la noche veo sombras. Aunque reconozco algunos pasos.

—¿Ha observado algo anormal desde las seis?

—No. Casi todos los inquilinos han salido a tirar la basura. Ahí, a la izquierda de la portería, están los cubos de basura, ¿los ve? Los vecinos tienen prohibido bajar la basura antes de las siete de la tarde.

—¿Y no ha entrado nadie por el portal?

—¿Cómo quiere usted que lo sepa? Se nota que no conoce el edificio. Hay veinticinco familias, sin contar a los empleados de los laboratorios

Couchet, donde el trajín es continuo.

Pasos en el portal. Un hombre tocado con sombrero hongo entró en el patio, dobló a la izquierda y, acercándose a las basuras, agarró un cubo vacío. Pese a la oscuridad, debió de ver a Maigret y a la portera, porque permaneció un instante inmóvil.

—¿Nada para mí? —dijo por fin.

—Nada, Monsieur Martin.

—¿Quién es? —quiso saber Maigret.

—Un funcionario del Registro de la Propiedad, Monsieur Martin, que vive en el segundo, con su mujer.

—¿Por qué su cubo de la basura...?

—Casi todos hacen lo mismo cuando tienen que salir. Lo bajan al marchar y lo recogen a la vuelta. ¿Ha oído usted?

—¿El qué?

—Me parece oír... como un vagido. ¡Si esas dos de arriba quisieran apagar de una vez el maldito gramófono! Saben muy bien que Madame de Saint-Marc está dando a luz. —Se abalanzó hacia la escalera al oír que alguien bajaba—. ¿Qué, doctor? ¿Es un niño?

—Una niña —contestó el médico, y siguió su camino. Se le oyó poner en marcha el coche y arrancar.

La casa seguía viviendo su existencia cotidiana. El patio oscuro. El portal abovedado y su mugrienta bombilla. Las ventanas iluminadas y una vaga música de gramófono.

El muerto seguía en su despacho, solo, con la cabeza hundida entre los papeles desparramados.

De súbito, un grito en la segunda planta. Un grito desgarrador, como una llamada desesperada. Pero la portera, sin inmutarse, suspiró abriendo la puerta de su garito:

—¡Vaya! Otra vez la loca.

Soltó un berrido a su vez, porque uno de sus hijos había roto un plato. A la luz, Maigret vio un rostro flaco, cansado, un cuerpo sin edad.

—¿Cuándo empezarán las diligencias? —preguntó la mujer.

Aún estaba abierto el estanco de enfrente, y minutos después Maigret se encerraba en la cabina telefónica. Procedió a dar instrucciones a media voz.

—¿Sí? ¿El juzgado?... Número sesenta y uno, casi tocando la esquina de la Rue de Turenne. Y que avisen a Identidad Judicial... Sí, no me moveré de aquí.

Dio unos pasos por la acera, se internó maquinalmente bajo la bóveda y acabó plantándose en medio del patio, ceñudo, con los hombros encogidos por el frío.

Empezaban a apagarse las luces de las ventanas. El muerto comenzaba a recortarse cual sombra chinesca en el cristal esmerilado.

Se detuvo un taxi. No eran aún los del juzgado. Una joven cruzó el patio apresuradamente, dejando tras de sí una estela de perfume, y abrió la puerta del despacho.

Un tipo estupendo

Se produjo toda una serie de malentendidos que provocaron una situación graciosa. La joven, al descubrir el cadáver, se volvió bruscamente. En el marco de la puerta descubrió la alta figura de Maigret. Asociación de imágenes maquinal: por un lado un muerto, por el otro el asesino.

Y con los ojos desorbitados, el cuerpo contraído, abrió la boca para pedir auxilio, dejando caer el bolso.

Maigret no tenía tiempo para conversaciones, de modo que le aferró un brazo y le tapó la boca con la mano.

—¡Cállese! ¡Se equivoca! Policía.

Mientras acababa de asimilar el sentido de esas palabras, la muchacha, de carácter nervioso, se debatió, intentó morder, asestó taconazos hacia atrás.

Se oyó un crujir de seda: el tirante del vestido.

Al final todo volvió a la calma. El comisario repitió:

—No haga ruido. Soy de la policía. No alborote la casa.

Lo peculiar de ese crimen era aquel silencio, inusitado en semejantes circunstancias, aquel sosiego, aquellas veinticinco familias que proseguían su existencia habitual cerca del cadáver.

La joven se recomponía su atuendo.

—¿Era usted su amante?

Una mirada de odio a Maigret, al tiempo que buscaba un imperdible para sujetarse el tirante.

—¿Estaba citada con él esta noche?

—A las ocho, en el Select. Teníamos que cenar juntos e ir al teatro.

—Y al no verlo aparecer a las ocho, ¿no se le ocurrió telefonear?

—¡Claro! Y llamé a la compañía y me contestaron que estaba descolgado el aparato.

Ambos vieron el teléfono al mismo tiempo, en el escritorio. El hombre debió de derribarlo al caer hacia delante.

Pasos en el patio, donde esa noche los menores ruidos se amplificaban como bajo una campana. La portera llamó a Maigret desde el umbral de la puerta del despacho, para no ver el cadáver.

—Señor comisario, han llegado los de la comisaría del barrio.

No le gustaban. Se presentaron cuatro o cinco, y no procuraron pasar desapercibidos. Uno de ellos acababa de contar un chiste. Otro preguntó al llegar al despacho:

—¿Dónde está el cadáver?

El comisario del barrio estaba ausente y le sustituía su secretario; de ese modo, Maigret podía dirigir a sus anchas las operaciones.

—Que sus hombres aguarden fuera. Espero a los del juzgado. Será mejor que los vecinos no se enteren de nada. —Y, mientras el secretario inspeccionaba el despacho, Maigret se giró de nuevo hacia la joven—. ¿Cómo se llama usted?

—Nine, Nine Moinard, pero todo el mundo me llama Nine.

—¿Hace tiempo que conocía a Couchet?

—Unos seis meses.

No necesitaba hacerle muchas preguntas. Le bastaba observarla. Una chica bastante guapa, aún principiante. Llevaba ropa de buena hechura. Pero su modo de maquillarse, de llevar el bolso y los guantes, de mirar a la gente con aire agresivo, delataban los bastidores de un espectáculo de variedades.

—¿Bailarina?

—Actuaba en el Moulin-Bleu.

—¿Y ahora?

—Estoy con él...

No había tenido tiempo de llorar. Todo había sucedido muy rápido y no acababa de hacerse una idea clara de lo ocurrido.

—¿Vivía con usted?

—No exactamente, porque él estaba casado. Pero en realidad...

—¿Su dirección?

—Hôtel Pigalle, en la Rue Pigalle.

El secretario de la comisaría observó:

—De lo que no hay duda es de que no ha sido un robo.

—¿Por qué?

—Fíjese en la caja fuerte, ahí, detrás de él. No está cerrada con llave, pero la espalda del muerto impide abrirla.

Nine hipaba y se oprimía la nariz con un pañuelito que había sacado del bolso.

Instantes después cambió el ambiente. Frenazos de coches fuera. Pasos y voces en el patio. Luego, apretones de manos, preguntas, conversaciones ruidosas. Habían llegado los del juzgado. El forense examinaba el cadáver y los fotógrafos instalaban sus aparatos.

Todo eso desagradaba a Maigret. Tras intercambiar las frases indispensables, salió al patio con las manos en los bolsillos; encendió una pipa, tropezó con alguien en la oscuridad.

Era la portera, que no se resignaba a dejar circular a unos desconocidos por la casa sin inquietarse por sus actos y gestos.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Maigret, con cara bondadosa.

—Madame Bourcier. ¿Se quedarán mucho tiempo esos señores? Fíjese. Ya no se ve luz en el dormitorio de Madame de Saint-Marc. Se habrá dormido, pobre mujer.

Al observar el edificio, el comisario divisó otra luz, una cortina de color crema y, detrás, una figura de mujer. Era bajita y flaca, como la portera. No se oía su voz. Pero eso no hacía falta para adivinar que estaba irridadísima. Tan pronto permanecía totalmente inmóvil, mirando a una persona invisible, como hablaba y gesticulaba, dando pasos hacia delante.

—¿Quién es?

—Madame Martin. Ha visto usted entrar a su marido hace un rato. Sí, el que recogió el cubo de la basura; es funcionario del Registro de la Propiedad.

—¿Suelen pelearse?

—No, si no se pelean. La única que chilla es ella; él no se atreve ni a abrir la boca.

De vez en cuando Maigret echaba una ojeada al despacho, donde se oía

trajinar a diez personas. El juez de instrucción llamó a la portera desde la puerta.

—¿Qué otro directivo hay en la empresa, después de Monsieur Couchet?

—El director gerente, Monsieur Philippe. No vive lejos, en la Île Saint-Louis.

—¿Tiene teléfono?

—Seguro que sí.

Se oyó que alguien hablaba por teléfono. Arriba había dejado de recortarse la sombra de Madame Martin en la cortina. En cambio, un personaje insignificante bajó la escalera, cruzó furtivamente el patio y salió a la calle. Maigret reconoció el sombrero hongo y el abrigo beige claro de Monsieur Martin.

Era medianoche. Las chicas del gramófono apagaron la luz. Aparte de las oficinas, tan sólo permaneció iluminado el salón de los Saint-Marc, en el primer piso, donde el ex embajador y la comadrona conversaban a media voz envueltos en un nauseabundo olor a clínica.

Pese a lo tarde que era, Monsieur Philippe llegó de punta en blanco, con la barba oscura bien alisada, guantes grises de imitación de piel de Suecia. Era un hombre de unos cuarenta años, la viva imagen del intelectual serio y bien educado.

Indudablemente, la noticia le sorprendió, incluso le conmocionó. Pero en su emoción se advertía como una reserva.

—Con la vida que llevaba... —suspiró.

—¿Qué vida?

—Dios me libre de hablar mal de Monsieur Couchet. Además, no tengo nada malo que decir. Era muy dueño de hacer lo que le viniera en gana.

—Un momento. ¿Dirigía Monsieur Couchet personalmente su negocio?

—En absoluto. Lo puso en marcha él. Sin embargo, una vez montado, delegó en mí toda la responsabilidad, hasta el punto de que a veces me pasaba quince días sin verlo. Fíjese usted. Hoy mismo, he estado esperándolo hasta las cinco de la tarde. Es víspera de cobro, y Monsieur Couchet debía traerme los fondos necesarios para los pagos de mañana, unos trescientos mil francos

en total. A las cinco, he tenido que marcharme y le he dejado un informe sobre el escritorio.

Lo encontraron, mecanografiado, debajo de la mano del muerto. Un informe trivial: propuesta de aumento de un empleado y de supresión de un proveedor; un proyecto de publicidad en los países de América Latina, etcétera.

—Entonces, ¿esos trescientos mil francos deberían estar aquí? —inquirió Maigret.

—En la caja fuerte. La prueba está en que Monsieur Couchet la ha abierto. Aparte de él, sólo yo poseo una llave y conozco la combinación.

Pero para abrir la caja había que apartar el cuerpo y esperar a que los fotógrafos finalizaran su tarea. El forense estaba emitiendo su informe. Couchet había recibido un balazo en el pecho y la muerte había sido fulminante, al quedar seccionada la aorta. La distancia entre el asesino y su víctima se estimaba en unos tres metros. La bala era del calibre más corriente: 6,35 mm.

Monsieur Philippe daba algunas explicaciones al juez.

—En la Place des Vosges sólo tenemos los laboratorios, que están detrás de este despacho.

Abrió una puerta. Contemplaron una gran sala con techo acristalado en la que se alineaban miles de probetas. Detrás de otras puertas, a Maigret le pareció oír ruido.

—¿Qué hay ahí?

—Las cobayas. Y, a la derecha, están las oficinas de las mecanógrafas y de los empleados. Tenemos otros locales en Pantin, desde donde se despacha la mayoría de los envíos, pues, como tal vez sepan ustedes, los sueros del doctor Rivière son conocidos en el mundo entero.

—¿Los comercializó Couchet?

—Sí. El doctor Rivière carecía de fondos. Couchet financió sus investigaciones. Unos diez años atrás, había montado un laboratorio que todavía no tenía la importancia de éste.

—¿Continúa el doctor Rivière en el negocio?

—Murió hace quince años en un accidente de coche.

Apartaron por fin el cadáver de Couchet, y, al abrir la puerta de la caja

fuerte, sonaron exclamaciones de sorpresa: todo el dinero que supuestamente contenía había desaparecido. Sólo quedaban documentos del negocio. Monsieur Philippe explicaba:

—No sólo los trescientos mil francos que Monsieur Couchet ha traído, sin ninguna duda, sino otros sesenta mil francos que se cobraron esta tarde y que yo mismo dejé en este casillero sujetos con una goma.

En el billetero del muerto, ¡nada! Tan sólo dos entradas numeradas para un teatro de la Madeleine, que hicieron prorrumpir en sollozos a Nine.

—Eran para nosotros. Teníamos que ir los dos.

Era el final. El desorden había aumentado. Los fotógrafos doblaban los voluminosos trípodes de sus cámaras. El forense se lavaba las manos en una palangana que había descubierto en un armario empotrado y el escribano del juez de instrucción se quejaba de que estaba cansado.

Durante unos instantes, y pese al ajetreo que reinaba, Maigret pudo quedarse a solas con el muerto.

Un hombre vigoroso, más bien bajo, regordete. Al igual que Nine, no había logrado despojarse de cierta vulgaridad, no obstante su traje de buena hechura, sus uñas cuidadas y su ropa interior de seda, confeccionada a medida.

El pelo rubio le clareaba. Sus ojos, que debían de ser azules, tenían una expresión un tanto infantil.

—¡Un tipo estupendo! —suspiró una voz detrás de él. Era Nine, que lloraba enternecida y se sinceraba con Maigret, ya que no se atrevía a hacerlo con los funcionarios, más solemnes, del juzgado—. ¡Le juro que era un tipo estupendo! En cuanto veía que algo podía complacerme... ¡Y no sólo a mí! ¡A cualquiera! Nunca he visto a nadie que diera tanto de propina. Yo hasta le reñía. Le decía que le tomarían por tonto. Y él siempre me contestaba: «¿Y qué más da?».

El comisario preguntó gravemente:

—¿Era alegre?

—Sí, más bien alegre. Aunque, en el fondo, no lo era. ¿Me entiende? Resulta difícil de explicar. Necesitaba moverse, hacer algo. Si se quedaba quieto, entonces se ponía nervioso o taciturno.

—¿Y su mujer?

—La he visto una vez, de lejos. No puedo decir nada malo de ella.

—¿Dónde vivía Couchet?

—En un piso del Boulevard Haussmann. Pero pasaba la mayor parte del tiempo en Meulan, donde tiene una casa.

Maigret giró bruscamente la cabeza: vio a la portera, que no se atrevía a entrar y que le hacía señas con el rostro más compungido que nunca.

—¡Escuche! ¡Está bajando!

—¿Quién?

—Monsieur de Saint-Marc. Habrá oído todo el alboroto. Aquí llega. En un día como éste... Imagínese.

El ex embajador, embutido en un batín, dudaba en acercarse. Se había percatado de la presencia del juez. Por lo demás, el cadáver pasó por su lado en la camilla.

—¿Qué ocurre? —preguntó a Maigret.

—Han asesinado a un hombre, a Couchet, el dueño de los sueros.

El comisario tuvo la impresión de que a su interlocutor le asaltaba de repente un pensamiento, como si hubiese recordado algo.

—¿Lo conocía usted?

—No. Pero he oído hablar de él.

—¿Y bien?

—Nada, no sé nada. ¿A qué hora... ha ocurrido?

—El crimen ha debido de cometerse entre las ocho y las nueve.

Monsieur de Saint-Marc suspiró, se alisó el cabello plateado, saludó con la cabeza a Maigret y se encaminó hacia la escalera que conducía a su casa.

La portera se había mantenido apartada mientras Maigret y Monsieur de Saint-Marc conversaban. Luego se acercó a hablar con alguien que iba y venía inclinado hacia delante, bajo la bóveda.

—¿Quién es? —preguntó el comisario a la portera cuando pasó por allí.

—Monsieur Martin. Está buscando un guante que ha perdido. Es de esos hombres que no saben salir sin guantes ni para ir a comprar tabaco a cincuenta metros de aquí.

La gente se despedía en el patio. Los del juzgado se marchaban. El juez de instrucción sostuvo una breve conversación con Maigret.

—Le dejo trabajar. Eso sí, téngame informado.

Monsieur Philippe, siempre correcto como un figurín, se inclinó ante el comisario:

—¿Me necesita para algo más?

—Le veré mañana. Supongo que estará usted en su despacho.

—Como cada día. A las nueve en punto.

Se produjo de improviso un minuto emocionante, sin que viniese marcado por acontecimiento alguno. El patio seguía sumido en sombras. Un único farol. Y la bóveda con su bombilla polvorienta.

Fuera, los coches arrancaron y se deslizaron sobre el asfalto alumbrando por un instante la Place des Vosges con sus faros.

El muerto ya no estaba allí. El despacho parecía haber sido saqueado. A nadie se le había ocurrido apagar las luces, y el laboratorio seguía iluminado como para un intenso trabajo nocturno.

Y de repente estaban ahí los tres, en medio del patio, tres personas totalmente distintas, que ni se conocían una hora antes y a quienes, sin embargo, parecían unir misteriosas afinidades.

Más aún: eran como los miembros de una familia que se quedan solos después de un entierro, cuando se han marchado las personas ajenas al núcleo familiar.

Esa fugitiva sensación tuvo Maigret, quien miraba alternativamente el rostro descompuesto de Nine y la cara demacrada de la portera.

—¿Ha metido a los niños en la cama?

—Sí, pero no duermen, están inquietos. Parece que noten...

Madame Bourcier quería hacer una pregunta, una pregunta que la avergonzaba, pero que para ella era capital.

—¿Cree usted...? —Sus ojos, mientras recorrían el patio, parecieron detenerse en todas las ventanas cuyas luces estaban apagadas—. ¿Cree que..., que habrá sido alguien del edificio?

Y ahora fijaba la mirada en la bóveda, ese largo portal con la puerta siempre abierta, salvo después de las once de la noche, que comunicaba el patio con la calle y permitía que cualquier desconocido accediera al edificio desde el exterior.

A Nine, por su parte, se la veía incómoda, y de vez en cuando lanzaba una mirada furtiva al comisario.

—La investigación contestará sin duda a su pregunta, Madame Bourcier. De momento, una sola cosa parece cierta: el que robó los trescientos mil francos no es el mismo que cometió el asesinato. Eso es bastante probable, ya que Monsieur Couchet obstruía la puerta de la caja fuerte con la espalda. Por cierto, ¿había luz esta noche en el laboratorio?

—Aguarde. Creo que sí. Pero no tanta como ahora. Monsieur Couchet debía de haber encendido una o dos lámparas para ir a los servicios, que quedan al fondo de los locales.

El propio Maigret apagó todas las luces. La portera permaneció en el umbral, pese a que ya se habían llevado el cadáver. El comisario se reunió en el patio con Nine, que le esperaba. Oyó un ruido encima de su cabeza, como un objeto que rozara un vidrio.

Pero todas las ventanas estaban cerradas, todas las luces apagadas.

Alguien se había movido, alguien espiaba en la oscuridad de una habitación.

—Hasta mañana, Madame Bourcier. Vendré antes de que abran las oficinas.

—Le acompaño. Tengo que cerrar la puerta cochera.

Nine observó desde el borde de la acera:

—Pensaba que tenía usted coche. —No se decidía a separarse de él—. ¿Por qué zona vive? —agregó, mirando al suelo.

—Muy cerca de aquí, en el Boulevard Richard-Lenoir.

—A estas horas ya no hay metro, ¿no?

—No lo creo.

—Me gustaría confesarle una cosa.

—La escucho.

La joven no se atrevía a mirarle. Tras ellos chirriaron los cerrojos que estaba echando la portera, y luego los pasos de ésta mientras regresaba a la portería. No se veía un alma en la plaza. Las fuentes murmuraban. El reloj del ayuntamiento dio la una.

—Le parecerá a usted que abuso, no sé qué pensará. Ya le he dicho que Raymond era muy generoso. Ignoraba el valor del dinero. Me daba todo lo que yo quería, ¿me entiende?

—¿Y bien?

—Resulta ridículo. Yo le pedía lo menos posible; más bien esperaba a que se le ocurriese a él. Además, como él estaba casi siempre conmigo, yo tampoco necesitaba nada. Hoy tenía que cenar con él. Bueno, pues...

—¿Se ha quedado sin dinero?

—No es eso, no —protestó—. Es aún más ridículo. Esta noche pensaba pedirle dinero, porque al mediodía he pagado una factura y... —Se la veía atormentada. Espiaba a Maigret por el rabillo del ojo, dispuesta a dar marcha atrás a la menor sonrisa—. Ni por asomo se me ocurrió que algo le impediría venir. Me quedaba algo de dinero en el bolso. Mientras le esperaba en el Select, comí unas ostras, langosta... Luego telefoneé, y al llegar aquí me di cuenta de que me quedaba el dinero justo para pagar el taxi.

—¿Y en casa?

—Vivo en un hotel.

—Le preguntaba si tiene dinero ahorrado.

—¿Yo? —Una risita nerviosa—. ¿Para qué? ¿Cómo podía prever...? Y aunque lo hubiera sabido, tampoco habría querido...

Maigret suspiró.

—Venga conmigo hasta el Boulevard Beaumarchais. Sólo allí encontrará un taxi a estas horas. ¿Qué piensa hacer?

—Nada. Yo...

Se estremeció. No era de extrañar, pues sólo llevaba un vestido de seda.

—¿Había hecho testamento?

—¿Cómo quiere que lo sepa? ¿Acaso una piensa en esas cosas cuando todo va bien? Raymond era un tipo estupendo. Yo...

Lloraba muy quedamente mientras caminaba. El comisario le deslizó un billete de cien francos en la mano, hizo una seña a un taxi que pasaba y rezongó hundiendo los puños en los bolsillos:

—Hasta mañana. Me ha dicho usted el Hôtel Pigalle, ¿verdad?

Cuando se metió en la cama, Madame Maigret se despertó el tiempo justo para decirle en una especie de duermevela:

—¿Has cenado, por lo menos?

La pareja de Pigalle

Al salir de su casa, hacia las ocho de la mañana, Maigret podía elegir entre tres tareas que debían realizarse forzosamente ese día: volver a los laboratorios de la Place des Vosges e interrogar al personal; visitar a Madame Couchet, a quien la policía del barrio había puesto al corriente de los acontecimientos; y, por último, interrogar de nuevo a Nine.

En cuanto se despertó, había telefoneado a la Policía Judicial para pedir la lista de los inquilinos del edificio, así como la de todas las personas involucradas en mayor o menor medida en la tragedia; de ese modo, cuando pasase por su despacho encontraría información detallada.

El mercado del Boulevard Richard-Lenoir estaba en su apogeo. Hacía tanto frío que el comisario se alzó el cuello de terciopelo del abrigo. La Place des Vosges quedaba cerca, y podía ir a pie.

Pero pasó un tranvía rumbo a la Place Pigalle, y eso decidió a Maigret. Vería primero a Nine Moinard.

No estaba aún levantada, por supuesto. En el mostrador del hotel reconocieron al comisario y se alarmaron.

—No se habrá metido en ningún lío, ¿no? Una chica tan tranquila...

—¿Recibe a mucha gente?

—Sólo a su amigo.

—¿Al viejo o al joven?

—Sólo tiene uno, ni viejo ni joven.

El hotel era confortable, con ascensor y teléfono en las habitaciones. Maigret se bajó en la tercera planta; cuando llamó a la habitación número 27,

oyó rebullir a alguien en la cama y luego una voz que balbució:

—¿Quién es?

—Abra, Nine.

Una mano, que debió de asomar de entre las mantas, alcanzó el cerrojo. Maigret entró en la tibia penumbra, divisó el rostro agraciado de la joven y fue a abrir las cortinas.

—¿Qué hora es?

—Todavía no son las nueve.

Entornaba los párpados, pues la violenta luz la molestaba. En ese momento no estaba guapa; su rostro parecía más bien el de una campesina que el de una mujer frívola. Se pasó la mano por la cara dos o tres veces; acabó sentándose en la cama y se colocó la almohada como respaldo. Por último, descolgó el teléfono.

—Tráiganme el desayuno. —Y agregó, mirando a Maigret—: ¡Menudo lío! ¿No estará usted enfadado conmigo por haberle golpeado anoche? En fin, tendré que ir a vender mis joyas.

—¿Posee usted muchas?

La joven señaló el tocador donde, en un cenicero de propaganda, había algunas joyas: una pulsera, un reloj... Todo ello valdría unos cinco mil francos.

Llamaban a la puerta de la habitación contigua, y Nine aguzó el oído; esgrimió una vaga sonrisa al oír llamar de nuevo con insistencia.

—¿Quién es? —inquirió Maigret.

—¿Los de la habitación de al lado? No sé. Pero dudo que consigan despertarlos a esta hora.

—¿Qué quiere decir?

—Nada. Nunca se levantan antes de las cuatro de la tarde; eso si se levantan.

—¿Se drogan?

Sus pestañas se movieron en señal afirmativa, pero se apresuró a añadir:

—No irá usted a aprovecharse de lo que le he dicho, ¿eh?

La puerta había acabado abriéndose. La de Nine también, y una doncella entró trayendo un café con leche y *croissants* en una bandeja.

—Con permiso.

Tenía ojeras, y el camisón dejaba ver unos hombros enjutos y un pechito no muy firme de muchacha desnutrida. Mientras mojaba trocitos de *croissant* en el café con leche, continuaba aguzando el oído como si, pese a todo, le interesara lo que sucedía en la habitación de al lado.

—¿Me veré mezclada en el asunto? —preguntó—. Sería molesto que hablasen de mí en los periódicos. Lo digo sobre todo por Madame Couchet. —Al oír unos golpecitos en la puerta, gritó—: ¡Adelante!

Era una mujer de unos treinta años que se había puesto un abrigo de pieles sobre el camisón e iba descalza. Al ver las anchas espaldas de Maigret, estuvo a punto de retirarse, pero luego, envalentonada, balbució:

—No sabía que tuvieras visita.

El comisario se estremeció al oír esa voz cansina que parecía salir con gran esfuerzo de una boca demasiado pastosa. Miró a la mujer, que cerraba la puerta; vio una cara pálida, de párpados abotargados. Una mirada a Nine le confirmó lo que pensaba. Era la vecina de los estupefacientes.

—¿Qué te ocurre?

—Nada. Roger tiene una visita, de modo que me he permitido... —Se sentó al pie de la cama, atontada, y suspiró, como antes Nine—: Pero ¿qué hora es?

—Las nueve —dijo Maigret—. Parece gustarle mucho la cocaína, ¿eh?

—No es cocaína. Es éter. Roger dice que es mejor y que... —Tenía frío. Se levantó para arrimarse al radiador; miró hacia fuera—. Va a llover otra vez.

Aquello resultaba tétrico, descorazonador. El peine del tocador estaba lleno de cabellos. Las medias de Nine estaban tiradas por el suelo.

—Les molesto, ¿verdad? Pero parece que se trata de algo importante: resulta que el padre de Roger, que ha muerto...

Maigret, que miraba a Nine, observó que ésta arrugaba el ceño como quien recuerda algo de pronto. En ese instante, la mujer que acababa de hablar se llevó la mano a la barbilla, adoptó una actitud pensativa y exclamó en un murmullo:

—¡Caramba!

—¿Conoce usted al padre de Roger? —le preguntó el comisario.

—No lo he visto nunca. Pero... ¡aguarde! Oye, Nine, ¿no le ha ocurrido

nada a tu amigo?

Nine y el comisario intercambiaron una mirada.

—¿Por qué?

—No lo sé. Resulta un poco embrollado. De repente he recordado que un día Roger me dijo que su padre frecuentaba este hotel. A Roger eso le hacía gracia, pero prefería no tropezárselo. Una vez, al ver que alguien subía por la escalera, Roger se metió a toda prisa en la habitación. Mira por dónde, ahora me parece recordar que el hombre en cuestión entró aquí.

Nine había dejado de comer. Le estorbaba la bandeja que tenía en las rodillas y su cara denotaba inquietud.

—¿Su hijo? —preguntó lentamente, con la mirada clavada en el rectángulo grisáceo de la ventana.

—Pero ¡entonces...! —exclamó la otra—. Entonces, ¡el que ha muerto es tu amigo! Dicen que lo han asesinado.

—¿Roger se apellida Couchet? —preguntó el comisario.

—Roger Couchet, ¡sí!

Los tres, impresionados, enmudecieron.

—¿A qué se dedica usted? —preguntó el comisario tras un largo minuto, durante el cual se oyó un murmullo de voces en la habitación contigua.

—¿Cómo dice?

—¿Cuál es su profesión?

—Usted es de la policía, ¿verdad? —replicó de repente la joven.

Estaba alterada. Quizá se disponía a reprocharle a Nine que la hubiera atraído a una trampa.

—El comisario es muy buena persona —dijo Nine sacando una pierna de la cama e inclinándose para recoger las medias.

—Debí darme cuenta. O sea, que usted..., antes de que..., de que yo llegase, ya sabía...

—Nunca había oído hablar de Roger —dijo Maigret—. Ahora me gustaría hacerle unas preguntas sobre él.

—No sé nada. Hace apenas tres semanas que vivimos juntos.

—¿Y antes?

—Vivía con una pelirroja grandota que va diciendo por ahí que es manicura.

—¿Roger trabaja?

Esa pregunta bastó para acentuar su malestar.

—No lo sé.

—O sea, que no trabaja. ¿Tiene mucho dinero? ¿Vive a lo grande?

—¡Qué va! Comemos casi siempre en un restaurante barato, con menú de seis francos.

—¿Habla con frecuencia de su padre?

—Ya le he dicho que sólo me ha hablado de él una vez.

—¿Le importaría describirme a la persona que está hablando ahora con él? ¿La ha visto usted en otra ocasión?

—No. Es un hombre..., ¿cómo le diría?... Parece un funcionario, y al entrar aquí pensé que Roger tenía deudas.

—¿Va bien vestido?

—Aguarde... Llevaba un sombrero hongo, abrigo beige claro, guantes...

Una puerta de comunicación oculta tras una cortina, y probablemente definitivamente cerrada, debía de unir ambas habitaciones. Maigret hubiera podido pegar la oreja y oírlo todo, pero le desagradaba hacerlo delante de las dos mujeres.

Nine se vistió, limitándose, a modo de aseo, a pasarse una toalla mojada por la cara. Estaba nerviosa. Esbozaba gestos entrecortados. Era evidente que la desbordaban los acontecimientos, que se esperaba toda suerte de calamidades, que no se veía con fuerzas para reaccionar, ni siquiera para comprender.

La otra estaba más sosegada, quizá porque se hallaba todavía bajo los efectos del éter, o porque tenía más experiencia en ese tipo de cosas.

—¿Cómo se llama usted?

—Céline.

—¿Cuál es su profesión?

—Trabajaba como peluquera a domicilio.

—¿Fichada por la brigada de costumbres?

La otra negó con la cabeza, sin enfadarse. Al lado, seguía oyéndose un murmullo de voces.

Nine, que se había puesto un vestido, miró a su alrededor y de pronto prorrumpió en sollozos, balbuciendo:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Menudo lío —dijo lentamente Céline—. Y si, además, se trató de un asesinato, tendremos problemas.

—¿Dónde estaba usted ayer a las ocho de la noche?

La joven reflexionó.

—A ver... A las ocho estaba en el Cyrano.

—¿Con Roger?

—No. No podemos pasar todo el tiempo juntos. Nos vimos a medianoche, en el bar de la Rue Fontaine.

—¿Le dijo él de dónde venía?

—No le pregunté nada.

Desde la ventana, Maigret divisaba la Place Pigalle, su minúsculo jardincillo, los rótulos de los clubs nocturnos. De repente se incorporó y se encaminó hacia la puerta.

—¡Espérenme aquí las dos!

Y salió; llamó a la puerta contigua, cuyo pomo giró de inmediato.

Un hombre en pijama estaba sentado en el único sillón de la habitación en la que, pese a la ventana abierta, se respiraba un mareante olor a éter. Otro hombre se paseaba gesticulando. Era Monsieur Martin, a quien Maigret había visto dos veces la víspera, en el patio de la Place des Vosges.

—Vaya, veo que ya ha encontrado usted su guante.

Maigret miraba las dos manos del funcionario del Registro; éste palideció tanto que el comisario creyó por un instante que iba a desmayarse. Le temblaban los labios. Intentaba hablar sin lograrlo.

—Yo..., yo...

El joven no se había afeitado. Tenía cara de acelga, ojos inyectados en sangre y labios fofos que dejaban traslucir su apatía. Bebía agua con avidez en el vaso de los cepillos de dientes.

—Tranquílese, Monsieur Martin. No esperaba encontrarle a usted aquí, sobre todo a una hora en que su oficina llevará rato abierta.

Observaba al buen hombre de pies a cabeza, y tuvo que esforzarse para no compadecerse de él, tal era el desasosiego del infeliz.

Desde los zapatos hasta la corbata, sobre cuello de celuloide, Monsieur Martin constituía el prototipo del funcionario tal como aparece en las caricaturas. Un funcionario aseadito y digno, de mostachos bien lustrados, sin una mota de polvo en la ropa y que sin duda se sentiría deshonrado si saliera a la calle sin guantes.

Ahora no sabía qué hacer con las manos, y escudriñaba con la mirada todos los rincones del desordenado cuarto como en busca de inspiración.

—¿Me permite una pregunta, Monsieur Martin? ¿Desde hace cuánto tiempo conoce usted a Roger Couchet?

Ya no mostró terror, sino asombro.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Pues... desde..., ¡desde que me casé! —dijo, como si fuera muy evidente.

—No entiendo.

—Roger es hijastro mío, hijo de mi mujer.

—¿Y de Raymond Couchet?

—Pues claro. Resulta que... —Iba recobrando el aplomo—. Mi mujer fue la primera esposa de Couchet. Tuvo un hijo, Roger. Y, cuando se divorció, yo me casé con ella.

Aquello produjo el efecto de un vendaval que barre un cielo cubierto de nubes. La casa de la Place des Vosges quedaba trastocada. Eso cambiaba el carácter de los acontecimientos. Algunos puntos parecían más claros; otros, por el contrario, se tornaban más confusos, más inquietantes.

Tanto era así que el comisario no se atrevía a hablar. Necesitaba ordenar sus ideas. Miraba alternativamente a los dos hombres con creciente inquietud.

La noche anterior, la portera le había preguntado mirando todas las ventanas que se divisaban desde el patio: «¿Cree usted que habrá sido alguien del edificio?». Y luego había fijado la mirada en la bóveda. Tenía la esperanza de que el asesino hubiese venido por allí, que fuese alguien de fuera.

¡Pues no! El drama había tenido lugar entre gente de la casa. Maigret era incapaz de explicar por qué, pero estaba seguro. Sin embargo, ¿qué drama? Lo ignoraba.

Notaba que se tendían invisibles hilos que ligaban puntos muy distintos del espacio: iban desde la Place des Vosges hasta el hotel de la Rue Pigalle, del piso de los Martin a las oficinas de los laboratorios que fabricaban los sueros del doctor Rivière, de la habitación de Nine a la de la pareja enajenada por el éter.

Tal vez lo más desconcertante fuera ver a Monsieur Martin arrojado, cual peonza inconsciente, a ese laberinto. Seguía con sus guantes puestos. Su abrigo beige claro era por sí solo un programa de vida digna y ordenada. Y su mirada inquieta intentaba fijarse en algún sitio sin lograrlo.

—He venido a comunicarle a Roger... —balbució.

—¡Ya!

Maigret lo miraba a los ojos, pausada, profundamente, y casi esperaba que su interlocutor se encogiera de angustia.

—Mi mujer me ha dicho que era preferible que fuésemos nosotros quienes...

—Entiendo.

—Roger es muy...

—Muy impresionable —concluyó Maigret—. ¡Un muchacho nervioso!

El joven, que iba ya por el tercer vaso de agua, le lanzó una mirada de odio. Tendría unos veinticinco años, pero sus facciones se veían ya cansadas, sus párpados mustios.

Con todo, era guapo, un apuesto joven capaz de seducir a ciertas mujeres. Tenía la piel cetrina. Y su aspecto cansino, un tanto hastiado, se teñía de cierto romanticismo.

—Dígame, Roger, ¿veía a menudo a su padre?

—Alguna vez.

—¿Dónde?

Maigret lo miraba con dureza.

—En su oficina. O en el restaurante.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—No lo sé. Hace unas semanas.

—¿Y le pidió usted dinero?

—¡Como siempre!

—Vamos, que vivía a sus expensas.

—Mi padre era lo bastante rico como para...

—Un momento. ¿Dónde estaba usted ayer hacia las ocho de la noche?

El otro no vaciló ni un instante.

—En el Select —contestó con sonrisa irónica que significaba: «¿Acaso crees que no sé adónde quieres llegar?».

—¿Qué hacía en el Select?

—Esperar a mi padre.

—Por tanto, necesitaba usted dinero. Y sabía que él acudiría al Select.

—Iba allí casi todas las noches con su fulana. Además, ayer por la tarde, oí cómo ella hablaba con él por teléfono... Se oye todo lo que hablan al lado.

—Cuando vio que no venía su padre, ¿no se le ocurrió acudir a su despacho de la Place des Vosges?

—¡No!

Maigret vio en la chimenea una fotografía del joven, rodeada de numerosos retratos de mujeres. La tomó y se la metió en el bolsillo mascullando:

—¿Me permite?

—Si le hace gracia...

—¿No cree usted...? —empezó a decir Martin.

—No creo nada en absoluto. Eso me recuerda que debo hacerle algunas preguntas. ¿Qué clase de relaciones mantienen su mujer y usted con Roger?

—Roger no viene a vernos con frecuencia.

—¿Y cuando va a verles?

—Sólo se queda unos minutos.

—¿Sabe su madre la clase de vida que lleva Roger?

—¿Qué quiere usted decir?

—No se haga el tonto, Martin. ¿Está su mujer enterada de que su hijo vive hecho todo un holgazán en Montmartre?

El funcionario miró hacia el suelo, apurado.

—He intentado muchas veces convencerle de que trabaje —suspiró.

El joven, impaciente, se puso a tamborilear con los dedos en la mesa.

—Como habrá observado, estoy todavía en pijama y...

—¿Querría usted decirme si vio anoche en el Select a alguien conocido?

—Vi a Nine.

—¿Habló con ella?

—Sepa usted que jamás le he dirigido la palabra.

—¿Dónde estaba sentada?

—La segunda mesa a la derecha del bar.

—¿Dónde encontró usted su guante, Martin? Si mal no recuerdo, ayer lo buscaba junto a las basuras, en el patio.

Martin soltó una risita incómoda.

—¿Estaba en casa! Imagínese, salí con un solo guante y no me di ni cuenta.

—Cuando se alejó de la Place des Vosges, ¿adónde fue?

—A pasear. Por los muelles. Me..., me dolía la cabeza.

—¿Pasea con frecuencia por la noche, sin su mujer?

—A veces.

Se lo veía atormentado. Y seguía sin saber qué hacer con sus manos enguantadas.

—¿Irá usted a su oficina cuando salga de aquí?

—No. He telefoneado para pedir permiso. No puedo dejar a mi mujer en...

—Bien, pues vaya usted con ella.

Maigret no se movía. El hombre buscaba el modo de despedirse educadamente.

—Adiós, Roger —dijo tragando saliva—. Cre..., creo que sería conveniente que vieras a tu madre.

Pero Roger se limitó a encogerse de hombros y a mirar a Maigret con impaciencia. Se oyó apagarse en la escalera el ruido de los pasos de Monsieur Martin.

El joven no decía nada. Su mano asió maquinalmente el frasco de éter de la mesa y lo colocó más lejos.

—¿Tiene algo más que declarar? —inquirió lentamente el comisario.

—No.

—Porque si tiene algo que decir, más vale que lo diga ahora, sin esperar a más tarde.

—Más tarde no tendré nada que decirle... ¡Sí! Una cosa, y se la diré ahora: está usted equivocándose de cabo a rabo.

—Bien pensado, si no vio ayer a su padre, estará usted sin un céntimo.

—¿Cómo dice?

—¿De dónde va a sacar ahora dinero?

—No se preocupe por mí, por favor. ¿Me disculpa?

Y echó agua en la palangana para empezar a lavarse.

Maigret, por hacer algo, dio unos pasos más por la habitación, salió y entró en la de al lado, donde le esperaban las dos mujeres. Ahora, la que estaba más alterada era Céline. Nine, sentada en la butaca, mordisqueaba lentamente un pañuelo con los ojazos perdidos en el vacío de la ventana.

—¿Qué...? —inquirió la amiga de Roger.

—Nada. Puede usted volver a su habitación.

—O sea, ¿es su padre el que...? —Y agregó de repente, con voz muy seria y el ceño fruncido—: Entonces, ¿va a heredar?

Y salió, pensativa.

—¿Adónde va usted? —preguntó Maigret a su acompañante, una vez estuvieron en la acera.

La joven hizo un gesto vago e indiferente.

—Voy al Moulin-Bleu, a ver si me dan trabajo otra vez.

Maigret la observaba con afectuoso interés.

—¿Quería usted a Couchet?

—Ya se lo dije ayer: era un tipo estupendo. Ya no se ven muchos así, se lo juro. Cuando pienso que un imbécil lo...

Dejó escapar dos lágrimas, y luego nada.

—Aquí es —dijo abriendo la puertecita por la que entraban los artistas.

Maigret, que tenía sed, entró en un bar a tomar una cerveza. Tenía que ir a la Place des Vosges. Al ver un teléfono, recordó que no había pasado todavía por el Quai des Orfèvres, donde quizá le esperara correo urgente.

Habló con el ordenanza.

—¿Eres tú, Jean? ¿Nada para mí?... ¿Cómo? ¿Me espera una señora desde hace media hora?... ¿De luto? ¿No es Madame Couchet?... ¿Eh? ¿Madame Martin? ¡Voy para allá!

¡Madame Martin de luto! ¡Y llevaba una hora en la sala de espera de la

Policía Judicial!

Maigret tan sólo había visto de ella una sombra chinesca: la sombra de la víspera, recortada en la cortina de la segunda planta, cuando gesticulaba y sus labios se movían lanzando terribles diatribas.

Según la portera, ocurría con frecuencia.

Y el pobre hombre del Registro, que se había olvidado un guante y se iba a pasear solo por los muelles oscuros...

Y cuando Maigret abandonó el patio, a la una de la madrugada, aquel ruidito que se oyó contra un cristal...

Subió lentamente la polvorienta escalera de la Policía Judicial; estrechó, al pasar, la mano de algunos colegas y asomó la cabeza por la puerta de la sala de espera.

Diez butacas de terciopelo verde. Una mesa como un billar. En la pared, el cuadro de honor: doscientos retratos de inspectores muertos en acto de servicio.

En la butaca de en medio, una dama enlutada, muy tiesa, sosteniendo con una mano un bolso de asa de plata, la otra posada en el puño de un paraguas.

Labios delgados. Mirada fija al frente.

No chistó al sentirse observada.

Aguardaba, con la cara petrificada.

La ventana del segundo piso

Precedió a Maigret con la agresiva dignidad característica de aquellos para quienes la ironía ajena supone la peor de las catástrofes.

—Tenga la bondad de sentarse, señora.

Quien la recibía y le señalaba una silla iluminada por el rectángulo lívido de la ventana era un Maigret cachazudo, bonachón, de mirada un tanto vaga. Madame Martin se acomodó con pose idéntica a la que había adoptado hacía un instante en la sala de espera.

Una pose digna, por supuesto. Una pose de combate, también. Los omóplatos no tocaban el respaldo. Y la mano, enguantada de hilo negro, estaba lista para gesticular sin soltar el bolsito, que se balancearía en el aire.

—Supongo, señor comisario, que se preguntará usted por qué...

—No.

Maigret no obraba con maldad desconcertándola de ese modo en la primera toma de contacto. Tampoco lo hacía porque sí. Lo consideraba necesario.

El comisario se había echado hacia atrás en su sillón, en pose bastante vulgar, y fumaba su pipa con deleite, a breves bocanadas.

Madame Martin se sobresaltó, o mejor dicho, enderezó aún más el busto.

—¿Qué quiere decir? Imagino que no se esperaba usted que...

—Pues sí.

Y le dirigió una sonrisa bonachona. De súbito, los dedos de la mujer se sintieron incómodos en los guantes de hilo negro. Su mirada, muy penetrante, recorrió el despacho, y una sospecha cruzó por la mente de Madame Martin.

—¿Ha recibido usted alguna carta anónima?

Afirmaba preguntando, y simulaba estar segura de lo que aventuraba, lo que hizo esgrimir una amplia sonrisa al comisario: era un rasgo característico que casaba con todo lo que ya sabía de su interlocutora.

—No he recibido ninguna carta anónima.

La mujer movió la cabeza, escéptica.

—No me hará usted creer...

Parecía recién salida de un álbum de fotos familiar. Físicamente, encajaba a la perfección con el funcionario del Registro con quien se había casado. Resultaba fácil imaginarlos, los domingos por la tarde, paseando por ejemplo por los Campos Elíseos: el torso oscuro y nervioso de Madame Martin, su sombrero siempre ladeado debido al moño, sus andares presurosos de mujer activa y ese movimiento de barbilla recalcando frases categóricas; y el abrigo beige claro de Monsieur Martin, sus guantes de piel, su bastón, su modo de caminar plácido, reposado, sus intentos de curiosear, de pararse ante los escaparates...

—¿Lleva usted luto siempre? —murmuró Maigret, insidioso, exhalando una densa bocanada de humo.

—Mi hermana murió hace tres años. Me refiero a la hermana que vivía en Blois, la que estaba casada con un comisario de policía. Ya ve usted que...

—¿Qué?

¡Pues nada! Simplemente, ponía a Maigret en antecedentes. Había llegado el momento de hacerle notar que no estaba hablando con cualquiera. Por lo demás, Madame Martin empezaba a ponerse nerviosa: todo el discurso que tenía preparado resultaba inútil por culpa de ese zafio comisario.

—¿Cuándo se enteró usted de la muerte de su primer marido?

—Pues... esta mañana, ¡como todo el mundo! La portera me ha dicho que se encargaba usted del caso, y como mi situación es bastante delicada... Usted no lo entiende.

—Por supuesto que sí. Por cierto, ¿fue a verla su hijo ayer por la tarde?

—¿Qué insinúa usted?

—Nada. Era una simple pregunta.

—La portera le dirá que hace por lo menos tres semanas que no viene a verme.

Hablaba secamente. Su mirada era más agresiva. ¿No había tenido Maigret el atrevimiento de no dejarle pronunciar su discurso?

—Me alegro de que se haya decidido a venir, eso demuestra su delicadeza y...

La sola palabra «delicadeza» hizo cambiar algo en los ojos grises de la mujer, que inclinó la cabeza en señal de gratitud.

—Hay situaciones muy penosas —dijo—. No todo el mundo lo entiende. Incluso mi marido me aconsejaba que no llevara luto. Le diré que lo llevo, pero sin llevarlo del todo. Ni velo ni crespón; sólo trajes negros.

El comisario asintió con la barbilla; dejó la pipa en la mesa.

—El que nos divorciáramos y que Roger me hiciera sufrir tanto no es razón para... —Recobraba el aplomo. Se acercaba poco a poco al discurso preparado—. Sobre todo en un edificio tan grande como éste, donde viven veinticinco familias. ¡Y menudas familias! Excepto los del primero... Y eso, aún. Porque Monsieur de Saint-Marc es educado, pero lo que es su mujer, no saluda ni... Cuando una ha recibido una educación esmerada, le duele ver...

—¿Nació usted en París?

—Mi padre tenía una confitería en Meaux.

—¿A qué edad se casó usted con Couchet?

—Yo tenía veinte años. Por supuesto, mis padres no me dejaban trabajar en la tienda. Por aquella época, Couchet viajaba. Aseguraba que se ganaba holgadamente la vida, que era capaz de hacer feliz a una mujer... —La mirada se endurecía, asegurándose de que no había amenaza de ironía por parte de Maigret—. ¿Para qué contarle lo que me hizo sufrir? Todo el dinero que ganaba lo perdía en absurdas especulaciones. Pretendía... Cambiaba de trabajo tres veces al año; cuando nació mi hijo, no teníamos ahorrado un céntimo y mi madre tuvo que pagar la canastilla.

Había dejado por fin el paraguas arrimado al escritorio. Maigret pensaba que la víspera, por la noche, debía de hablar con la misma vehemencia, cuando la divisó recortada como sombra chinesca en la cortina.

—Cuando alguien no es capaz de alimentar a una mujer, no debe casarse. ¡Eso digo yo! Y menos aún si no se tiene amor propio. Porque ni me atrevería a enumerar todos los oficios que Couchet desempeñaba. Yo le decía que buscase un trabajo serio para que luego pudiese cobrar un retiro. En la

administración, por ejemplo. Así, al menos, si le hubiera ocurrido algo, yo no me habría quedado desprotegida. No me hacía caso. Fue a acompañar el Tour de Francia en calidad de no sé qué. Él salía antes y se encargaba del avituallamiento o algo por el estilo. ¡Volvió sin un céntimo! Ésa es la vida que llevaba yo...

—¿Dónde vivían ustedes?

—En Nanterre, pues no podíamos pagarnos un piso en la ciudad. ¿Conoció usted a Couchet? Él no pasaba angustias, vergüenzas, ni apuros. Aseguraba que había nacido para ganar dinero, y que lo ganaría. Después de las bicicletas, vino lo de las cadenas de reloj. No, no lo adivinará usted: vendía cadenas de reloj en un tenderete de feria, ¡sí señor! Mis hermanas no se atrevían a ir a la feria de Neully para no encontrárselo en esa situación.

—¿Fue usted la que pidió el divorcio?

Bajó púdicamente la cabeza, pero sus rasgos seguían exaltados.

—Martin vivía en el mismo edificio que nosotros; en aquel entonces era joven, tenía un trabajo estupendo en la administración... Couchet me dejaba casi siempre sola para irse a correr sus aventuras. No, no pasó nada que no fuera correctísimo. Le solté cuatro verdades a mi marido y pedimos el divorcio de común acuerdo alegando incompatibilidad de caracteres. Couchet sólo tenía que pasarme una pensión para el niño. Martin y yo esperamos un año antes de casarnos. —Ahora se revolvía en la silla. Sus dedos tiraban del asa de plata del bolsito—. Nunca he tenido suerte, ¿sabe usted? Couchet, al principio, no pagaba regularmente la pensión. Y a una mujer delicada, como yo, le resulta muy deprimente ver que el segundo marido tiene que costear la manutención de un hijo que no es suyo.

No, Maigret no dormía, pese a que tenía los párpados entornados y había vuelto a ponerse la pipa entre los dientes.

La escena se ponía penosa. Los ojos de la mujer se humedecieron y sus labios empezaron a temblar de modo inquietante.

—Sólo yo sé lo que he sufrido. Le he dado estudios a Roger; quise que recibiera una buena educación. No se parecía a su padre: era afectuoso, sensible. Cuando cumplió diecisiete años, Martin le buscó trabajo en un banco, para que aprendiera el oficio. Entonces Roger se encontró con mi ex marido, no sé dónde.

—¿Y él se acostumbró a pedirle dinero a su padre?

—Lo gracioso es que a mí Couchet siempre me lo había negado todo. Cuando se trataba de cosas para mí, todo lo encontraba demasiado caro. Yo me confeccionaba mis propios vestidos, y un sombrero me duraba tres años.

—¿Y él le daba a Roger todo lo que quería?

—Lo malcrió. Roger nos dejó para vivir solo. Ahora viene a vernos de vez en cuando. ¡Pero también visitaba a su padre!

—¿Hace tiempo que viven ustedes en la Place des Vosges?

—Unos ocho años, más o menos. Cuando encontramos el piso, no sabíamos que Couchet andaba metido en el negocio de los sueros. Al enterarnos de que trabajaba allí, Martin quiso mudarse. ¡Habría sido el colmo! Si alguien tenía que marcharse, ¿verdad?, era Couchet. Mi ex marido se había enriquecido, Dios sabe cómo, y yo lo veía llegar en un coche con chófer. ¡Porque incluso tenía chófer! Vi a su mujer...

—¿Fue a visitarla a su casa?

—No, la espíe desde la acera, para saber cómo era. Prefiero callar. En cualquier caso, es poquita cosa, pese a los aires que se da y a sus abrigos de astracán.

Maigret se pasó la mano por la frente. Aquello empezaba a resultar obsesionante. Hacía un cuarto de hora que miraba el mismo rostro, y le daba la impresión de que jamás podría borrarlo de su retina.

Una cara delgada, pálida, de rasgos afilados, muy cambiantes, que no parecía haber expresado nunca otra cosa salvo un dolor resignado.

Eso le trajo a la memoria ciertos retratos de familia, incluso de su propia familia. Recordó a una tía suya, más gorda que Madame Martin, que también se pasaba la vida lamentándose.

Cuando, de niño, la tía los visitaba, sabía que, en cuanto se sentase, sacaría un pañuelo del bolso.

«¡Ay, Hermance!», comenzaba. «¡Qué vida! Déjame que te cuente otra de Pierre...».

Y tenía esa misma fisonomía voluble, esos labios demasiado finos, esos ojos por los que cruzaba a ratos un destello de extravío.

Madame Martin había perdido de repente el hilo. Se agitaba.

—Tiene que comprender mi situación. Evidentemente, Couchet volvió a

casarse, pero yo fui la mujer que compartió sus comienzos, o sea, los años más duros de su vida. La otra no es sino una muñeca.

—¿Tiene usted alguna pretensión sobre la herencia?

—¿Yo? —exclamó indignada—. ¡Por nada del mundo querría yo su dinero! Mire: nosotros no somos ricos; Martin carece de iniciativa, no sabe abrirse camino, deja que le tomen la delantera compañeros menos inteligentes que él. Pero aunque yo tuviera que ponerme a trabajar como mujer de la limpieza, por nada del mundo querría...

—¿Le pidió usted a su marido que comunicase a Roger la muerte de su padre?

No palideció, pues eso habría sido imposible. Su tez se mantenía siempre uniformemente gris. Pero asomó la duda en sus ojos.

—¿Cómo lo sabe usted? —Y de pronto exclamó, indignada—: Oiga, supongo que no estarán ustedes espíándonos, ¿no? ¡Sería el colmo! Y, si es así, pienso recurrir a quien haga falta.

—Cálmese, señora, que yo no he dicho nada semejante. Esta mañana me encontré por casualidad con Monsieur Martin.

Pero la mujer seguía mostrándose recelosa y contemplando al comisario con hostilidad.

—Acabará lamentando haber venido, ya veo. Una quiere ser demasiado correcta, y en vez de agradecerse...

—Le aseguro que le agradezco infinitamente su visita.

Sin embargo, ella notaba que algo no marchaba bien. Aquel hombretón de anchas espaldas y cuello hundido que la miraba con ojos ingenuos, como vacíos de pensamientos, la aterraba.

—En todo caso —dijo con voz chillona—, mejor que se lo haya explicado yo, y no la portera. Habría acabado usted enterándose...

—... de que es usted la primera esposa de Couchet.

—¿Ha visto a la otra?

Maigret tuvo que esforzarse para no sonreír.

—Todavía no.

—Oh, ya la veo derramando lágrimas de cocodrilo. Con lo tranquila que se habrá quedado ahora... ¡La de millones que debió de ganar Couchet! —De pronto se echó a llorar; su labio inferior se alzó transformándole el rostro,

suavizando sus rasgos afilados—. Ni siquiera lo conoció cuando empezaba, cuando necesitaba una mujer que le animase... —De vez en cuando, en la delgada garganta ceñida por un pañuelo de seda tornasolado, estallaba un sollozo sordo, apenas perceptible. Se levantó. Miró a su alrededor para cerciorarse de que no se había olvidado nada. Hipó—. Pero todo eso no cuenta. —Una sonrisa amarga, tras las lágrimas—. En cualquier caso, yo he cumplido con mi deber. No sé qué opinión se habrá formado de mí, pero...

—Le aseguro que...

Se habría visto apurado para seguir si ella misma no hubiera concluido:

—¡Me da igual! Tengo la conciencia tranquila, cosa que no todo el mundo puede decir.

Le faltaba algo, pero no sabía qué. Echó una ojeada circular; movió una mano, como sorprendida de encontrarla vacía.

Maigret se levantó y la acompañó hasta la puerta.

—Le agradezco que se haya decidido a venir.

—He hecho lo que creía que debía hacer.

En el pasillo, unos inspectores conversaban y reían. Ella pasó junto al grupo, muy digna, sin volver la cabeza.

Maigret, una vez cerrada la puerta, caminó hacia la ventana y, pese al frío, la abrió de par en par. Estaba cansado, como tras un duro interrogatorio a un criminal. Sentía, sobre todo, ese vago malestar que nos invade cuando nos vemos obligados a contemplar aspectos de la vida que, por lo común, preferimos ignorar.

La escena no había sido dramática ni repulsiva. La mujer no había dicho nada fuera de lo común. Tampoco había abierto ningún nuevo horizonte al comisario. Con todo, la entrevista le había dejado como una sensación de asqueo.

En una esquina del escritorio, el boletín de la policía, abierto, mostraba las fotografías de una veintena de individuos bajo orden de busca y captura. Rostros de hombres violentos en su mayoría. Caras que ostentaban estigmas de degeneración.

«Ernst Strowitz, condenado en rebeldía por el juzgado de Caen por el asesinato de una granjera en la carretera de Benouville». Y la mención, en rojo: «Peligroso. Va siempre armado».

Un tipo que vendería cara su piel. Sin embargo, Maigret lo hubiera preferido a esa grisura empalagosa, a esos líos de familia, a ese asesinato aún inexplicable pero que adivinaba sorprendente.

Le perseguían imágenes: los Martin, tal como se los figuraba, los domingos, en los Campos Elíseos. El abrigo beige claro y el lacito de seda negra en el cuello de la mujer.

Pulsó un timbre. Asomó Jean, y Maigret lo mandó a buscar las fichas que había pedido sobre todos los que estaban implicados en el drama.

No había gran cosa. A Nine la habían arrestado una sola vez, en Montmartre, en una redada, y la habían soltado tras demostrarse que no vivía de la prostitución.

Couchet hijo, por su parte, era vigilado por la brigada de juego y por la de drogas, que lo consideraba sospechoso de dedicarse al tráfico de estupefacientes. Pero no se habían encontrado pruebas concretas contra él.

Una llamada a «costumbres». En la brigada conocían a Céline, cuyo apellido era Loiseau y había nacido en Saint-Armand-Montrond. Tenía la documentación en regla. Acudía regularmente a la inspección.

—No es mala chica —dijo el brigada—. Suele limitarse a dos amigos fijos. Sólo la vemos cuando vuelve a «hacer la calle».

Jean, el ordenanza, que no había abandonado el despacho de Maigret, señaló algo al comisario.

—¡La señora que ha venido a visitarle se ha olvidado el paraguas!

—Ya lo sé.

—¡Ah!

—Sí, lo necesito.

Y el comisario se levantó suspirando, fue a cerrar la ventana y se plantó de espaldas a la estufa, como solía hacer cuando necesitaba reflexionar.

Una hora después, Maigret podía resumir mentalmente las notas que había recibido de los distintos departamentos y que ahora estaban desparramadas sobre su escritorio.

Primero la confirmación, una vez practicada la autopsia, de la hipótesis del médico forense: el disparo se había efectuado desde una distancia

aproximada de tres metros y la muerte había sido instantánea. El estómago del muerto contenía una pequeña cantidad de alcohol, pero no alimentos.

Los fotógrafos de Identidad Judicial, que trabajan en las buhardillas del Palacio de Justicia, declararon que en el despacho de Couchet no habían encontrado huellas dactilares relevantes para la investigación.

Por último, el Crédit Lyonnais afirmaba que Couchet, a quien conocían, había pasado hacia las tres y media de la tarde por la oficina central para retirar trescientos mil francos en billetes nuevos, como acostumbraba a hacer las vísperas de fin de mes.

Por tanto, quedaba prácticamente demostrado que, al llegar a la Place des Vosges, Couchet había guardado los trescientos mil francos en la caja fuerte, junto a los sesenta mil que se encontraban ya allí.

Como aún tenía trabajo, no había cerrado la caja, contra la que tenía apoyada la espalda.

El hecho de que la luz del laboratorio estuviera encendida indicaba que en cierto momento había abandonado el despacho, ya para inspeccionar los demás locales, ya —lo más probable— para ir a los servicios.

¿Estaba aún el dinero en la caja fuerte cuando regresó?

Presumiblemente no, pues, en ese caso, el asesino se habría visto obligado a apartar el cadáver de Couchet para abrir la pesada puerta y apoderarse de los billetes.

Ése era el aspecto técnico del caso. ¿Se trataba de un asesino-ladrón o de un asesino y un ladrón que habían actuado por separado?

Maigret hizo una visita de diez minutos al juez de instrucción para comunicarle los resultados obtenidos. Luego, como eran un poco más de las doce, regresó a su casa, con los hombros caídos, lo que era señal de malhumor.

—¿Te encargas tú del caso de la Place des Vosges? —le preguntó su mujer, que había leído el periódico.

—Sí, yo.

Y Maigret se sentó de una manera muy extraña, tan extraña como la manera en que miró a Madame Maigret, con intenso cariño y, a la vez, con un asomo de inquietud.

Seguía viendo la cara delgada, el traje negro, los ojos transidos de dolor

de Madame Martin. Y aquellas lágrimas que le habían brotado de pronto y que habían desaparecido, como consumidas por un fuego interior, para renacer un instante después.

Madame Couchet tenía abrigos de pieles. Madame Martin no los tenía. Couchet se había dedicado a avituallar a los corredores del Tour de Francia, y su primera esposa tuvo que llevar el mismo sombrero durante tres años.

Y el hijo... Y el frasco de éter, en la mesilla de noche del hotel en la Place Pigalle.

Y Céline, que sólo bajaba «a hacer la calle» cuando se quedaba por un tiempo sin amigo fijo.

Y Nine...

—No pareces contento. Tienes mala cara. Para mí que estás incubando un resfriado.

Era cierto. Maigret sentía picazón en la nariz y como un vacío en el cerebro.

—¿Qué paraguas es ese que has traído? ¡Es espantoso!

El paraguas de Madame Martin. El matrimonio Martin, abrigo beige claro y vestido de seda negra, deambulando los domingos por los Campos Elíseos.

—No es nada. Ah, no sé a qué hora volveré.

Ciertas impresiones no pueden explicarse: se advertía algo anormal en la casa, algo que se traslucía en la fachada.

¿La agitación en la tienda de coronas mortuorias? Evidentemente, los inquilinos debían de haber enviado una corona pagada entre todos.

¿Las miradas inquietas del peluquero de señoras, cuyo local se hallaba al otro lado de la bóveda?

En cualquier caso, ese día la casa tenía un aire malsano. Y como eran ya las cuatro, y empezaba a oscurecer, el ridículo farol de la bóveda estaba encendido.

Enfrente, el guarda del jardín cerraba las verjas. El ayuda de cámara de Monsieur de Saint-Marc, en el primer piso, corría las cortinas lenta, concienzudamente.

Cuando Maigret llamó a la portería, se encontró a Madame Bourcier, la

portera, refiriendo los sucesos a un cobrador enviado por la empresa Dufayel, que llevaba un tinterito colgado del pecho, sobre el chaleco.

—Una casa en la que jamás había ocurrido nada... ¡Chist! Es el comisario.

La portera tenía un ligero aire de parentesco con Madame Martin, en la medida en que ambas eran mujeres sin edad y sin sexo. Y las dos habían sido desdichadas o se consideraban como tales.

Sólo que, en la portera, la resignación a su destino era una resignación casi animal.

—Jojo, Lili, no os pongáis en medio. ¿Qué tal, señor comisario? Le esperaba esta mañana. ¡Vaya un asunto! Me he permitido organizar una colecta entre todos los vecinos para comprar una corona. ¿Se sabe ya cuándo se celebrará el entierro? Por cierto, le ruego que a Madame de Saint-Marc..., ya sabe, no le diga usted nada. Esta mañana ha venido a verme Monsieur de Saint-Marc. Teme que las emociones, en el estado en que ella se halla...

En el patio, bañado por una luz azulada, los dos faroles, el de la bóveda y el que estaba empotrado en la pared de la escalera, perfilaban en el suelo largos trazos amarillos.

—¿Cuál es el piso de Madame Martin? —preguntó Maigret.

—Está en la segunda planta, tercera puerta a la izquierda.

El comisario reconoció la ventana: había luz, pero ya no se recortaba sombra alguna en la cortina.

Por la zona de los laboratorios se oía un teclear de máquinas de escribir. En ese instante llegó un repartidor:

—¿Los sueros del doctor Rivière?

—Al fondo del patio, la puerta de la derecha. ¿Quieres dejar de molestar a tu hermana, Jojo?

Maigret se internó en la escalera con el paraguas de Madame Martin bajo el brazo. Hasta la primera planta, la casa estaba totalmente remozada, las paredes pintadas y los escalones encerados.

A partir de la segunda planta, era otro mundo: paredes sucias, suelo rasposo. Las puertas de los pisos estaban pintadas de un feo color oscuro. Y en esas puertas se veían ya tarjetas de visita prendidas, ya pequeñas placas de aluminio repujado.

Una tarjeta de visita, de esas que valen tres francos el centenar: «Monsieur y Madame Martin». A la derecha, un cordón tricolor rematado por una borlita blanda. Cuando Maigret tiró de ella, tintineó una aguda campanilla que resonó por el piso. A continuación se oyeron pasos rápidos, y una voz preguntó:

—¿Quién es?

—Le traigo su paraguas.

Se abrió la puerta. En el vestíbulo, de apenas un metro cuadrado, colgaba de una percha el abrigo beige claro. Enfrente, la puerta abierta de una estancia, mitad salón, mitad comedor, con un aparato de radio sobre un arcón.

—Disculpe que la moleste, pero esta mañana se ha dejado usted el paraguas en mi despacho.

—¡Vaya! ¡Y yo que estaba convencida de que me lo había dejado en el autobús! Le decía a Martin...

Maigret no sonrió. Sabía que algunas mujeres tienen la manía de llamar al marido por el apellido.

El aludido estaba allí, con su pantalón listado, sobre el que se había puesto una chaqueta de andar por casa, de gruesa tela color chocolate.

—Pase, por favor.

—No quiero molestarles...

—Nunca se molesta a la gente que no tiene nada que ocultar.

La característica principal de una vivienda es sin duda el olor. El de ésta era apagado, una mezcla de olor a encáustico, cocina y ropa vieja.

Un canario brincaba en una jaula, lanzando fuera de vez en cuando una gotita de agua.

—Déjale el sillón al señor comisario.

El sillón. No había más que uno, un sillón Voltaire tapizado con un cuero tan oscuro que parecía negro.

Y Madame Martin, muy distinta a como se había comportado por la mañana, se mostraba zalamera:

—¿No quiere usted tomar nada? ¡Claro que sí! Martin, trae una botella de aperitivo.

Martin estaba apurado. ¿Y si no había ningún aperitivo en la casa? ¿Y si sólo quedaban dos dedos en una botella?

—Gracias, señora. No bebo nunca antes de la comida.

—¡Pero si tiene usted tiempo!

Reinaba una atmósfera triste. Tan triste como para desalentar a cualquiera de ser un hombre, de vivir en una tierra en la que, a pesar de todo, brilla el sol varias veces al día y vuelan auténticos pájaros en libertad.

Aquella gente no debía de ser amiga de la luz, porque las tres bombillas estaban cuidadosamente veladas con espesas telas de colores que dejaban pasar una mínima cantidad de rayos.

«Sobre todo, el encáustico», pensó Maigret.

Pues eso dominaba en el olor. Y, en efecto, la mesa de roble macizo estaba pulimentada como una pista de patinaje.

Monsieur Martin había esgrimido una sonrisa de anfitrión.

—Tendrán ustedes una vista maravillosa sobre la Place des Vosges, esta plaza única en París —dijo Maigret, a sabiendas de que las ventanas daban al patio.

—No. Las habitaciones del segundo que dan al exterior tienen el techo demasiado bajo, por el estilo del edificio. Ya sabe usted que la plaza entera está considerada monumento histórico. No puede tocarse nada, y es una pena: hace años que queremos hacer un cuarto de baño y...

Maigret se había acercado a la ventana. Con ademán indiferente apartó la cortina de las sombras chinescas. Y se quedó inmóvil, tan impresionado que se le olvidó hablar como un visitante bien educado.

Tenía frente a él las oficinas y el laboratorio de la empresa Couchet.

Desde abajo, había observado que en las ventanas de los laboratorios había vidrios de cristal esmerilado.

Desde allí pudo comprobar que sólo eran los vidrios inferiores. Los demás estaban claros y límpidos, pues las mujeres de la limpieza los lavaban dos o tres veces por semana.

En el mismo despacho en que habían asesinado a Couchet, se veía perfectamente a Monsieur Philippe firmando cartas mecanografiadas que, una a una, iba pasándole su secretaria. También podía verse la cerradura de la caja fuerte.

Y la puerta que comunicaba el despacho con el laboratorio estaba entreabierta. Por las ventanas de éste se veían mujeres en bata blanca que

empaquetaban tubos de vidrio alineados sobre una enorme mesa.

Cada mujer tenía su cometido. La primera extraía los tubos vacíos de un cesto, y la novena entregaba a un empleado paquetes impecables, provistos de instrucciones y en primorosas cajas de cartón, o sea, una mercancía lista para ser distribuida en las farmacias.

—Pero ¡sirve algo de beber! —decía Madame Martin detrás de Maigret.

Y su marido, afanoso, abría un armario, hacía chocar vasos.

—Sólo queda un dedo de vermut, señor comisario. ¡La que seguro que le ofrecería a usted buenos cócteles es Madame Couchet!

Y Madame Martin esgrimía una sonrisa aviesa, como si sus labios fuesen dardos.

La loca

Con su vaso en la mano, Maigret, mientras observaba a Madame Martin, comentó:

—Lástima que ayer no mirara usted por la ventana. Si lo hubiera hecho, yo ya habría concluido mi investigación. Desde aquí es imposible no ver cuanto ocurre en el despacho de Couchet. —Habría sido inútil buscar una segunda intención en su voz o en su actitud. El comisario sorbía el vermut al tiempo que hablaba—. Es más: diría que, de haber ocurrido así, este asunto habría sido uno de los casos más curiosos de testimonio en materia criminal. Una persona que ha presenciado de lejos el asesinato... ¿Qué digo? Con unos gemelos se habrían visto tan nítidamente los labios de los interlocutores que hubieran podido reconstruirse las palabras.

Madame Martin, sin saber a qué atenerse, se mantenía en guardia, con una vaga sonrisa petrificada en sus pálidos labios.

—Pero, también, menuda emoción para usted, ¿no? Estar en su ventana, tan tranquila, y de repente ver a alguien amenazando a su ex marido. Peor aún, porque la escena debió de ser más compleja. Imagino a Couchet solo, ensimismado en sus cuentas. Se levanta y se dirige hacia los servicios. Cuando regresa, alguien ha hurgado en la caja fuerte y no tiene tiempo de huir. No obstante, hay un detalle curioso en este caso: que Couchet se sentara. Aunque tal vez conociera al ladrón. Le habla, le dirige reproches, le pide que devuelva el dinero...

—Sólo que, para eso, yo tenía que haber estado en la ventana —replicó Madame Martin.

—Quizá desde otras ventanas de la misma planta se disfrute de idéntica vista. ¿Quién vive a su derecha?

—Dos chicas y su madre, las que ponen el gramófono todas las noches.

En ese instante sonó un grito que Maigret había oído ya en otra ocasión. Permaneció un segundo en silencio y murmuró:

—La loca, ¿no?

—Chist —susurró Madame Martin, dirigiéndose sigilosamente hacia la puerta de entrada.

La abrió de repente. En el pasillo, mal iluminado, se divisó una figura de mujer que se alejaba precipitadamente.

—Vieja bruja —masculló Madame Martin lo bastante alto como para que la otra la oyera. Volviendo sobre sus pasos, explicó furiosa al comisario—: Es la vieja Mathilde, una antigua cocinera. ¿La ha visto usted? Parece un enorme sapo. Vive en el piso de al lado con su hermana, que está loca. Son tan viejas y feas la una como la otra. La loca no ha salido ni una sola vez de la casa desde que vivimos aquí.

—¿Por qué grita así?

—Buena pregunta: grita cuando la dejan sola en la oscuridad. Tiene miedo, como una niña, y chilla. Al final, comprendí lo que ocurría: se queda sola porque la vieja Mathilde ronda mañana y noche por los rellanos. Una siempre está segura de encontrarla detrás de una puerta, y, cuando se la sorprende, apenas se incomoda. Se aleja tan tranquila, con su fea cabezota. Tanto es así que en casa no tenemos intimidad, y debemos bajar la voz para hablar de algún asunto de familia. ¿Ha visto cómo acabo de pillarla con las manos en la masa? Pues apuesto cualquier cosa a que ya ha vuelto a las andadas.

—Eso no es muy agradable —reconoció Maigret—. ¿Y el propietario del edificio no hace nada?

—Ha hecho todo lo posible por echarlas, pero, por desgracia, las leyes... Realmente, no es sano ni agradable tener a esas dos viejas metidas en el cuchitril de al lado. Seguro que nunca se lavan.

El comisario tomó su sombrero.

—Disculpen que les haya molestado. Ya es hora de que me marche.

En su mente se había grabado ya una imagen precisa de la casa, desde los

tapetitos de los muebles hasta los calendarios que adornaban las paredes.

—No haga usted ruido. Verá como sorprende a la vieja.

No era del todo exacto. La vieja no estaba en el pasillo, sino que, como una gran araña al acecho, espiaba tras la puerta de su casa, entreabierta.

Al pasar, el comisario dirigió un amable saludo a la vieja, lo cual debió de sorprenderla.

A la hora del aperitivo Maigret se hallaba en el Select, no lejos del bar norteamericano, en el que se hablaba únicamente de carreras. Cuando se acercó a él un camarero, el comisario le enseñó la fotografía de Roger Couchet que se había llevado por la mañana de la Rue Pigalle.

—¿Conoce a este joven?

—¡Qué raro! —se sorprendió el camarero.

—¿Qué le parece raro?

—Hace menos de un cuarto de hora que se ha marchado. Estaba en esa mesa. Me fijé en él porque, en vez de pedirme lo que quería tomar, me ha dicho: «Lo mismo que ayer». Como yo no recordaba haberlo visto, le he preguntado: «¿Podría recordarme qué tomó ayer?». «¡Claro, hombre, un *gin-Fizz!*!». Y eso me ha hecho mucha gracia, pues estoy seguro de que anoche no serví ningún *gin-Fizz*. En fin, el chico se marchó al cabo de unos minutos. Qué casualidad que ahora aparezca usted y me enseñe su foto, ¿verdad?

No era en absoluto casual. Roger había querido dejar bien claro que la víspera había acudido al Select, según había declarado a Maigret. Se trataba de un truco bastante hábil, pero había cometido la torpeza de mencionar una consumición poco corriente.

A los pocos minutos entró Nine y se sentó a la mesa más cercana a la barra. Al ver al comisario, se levantó, dudó y fue hacia él.

—¿Quiere usted hablar conmigo?

—No especialmente. Bueno, sí. Me gustaría hacerle una pregunta. Viene usted al Select casi todas las noches, ¿no?

—Siempre quedaba aquí con Raymond.

—¿Suele sentarse en el mismo sitio?

—Sí, ahí, donde me he sentado al entrar.

—¿Vino usted ayer?

—Sí, ¿por qué?

—¿Recuerda haber visto al tipo de esta foto?

La chica miró la fotografía de Roger y exclamó:

—¡Pero si es el de la habitación de al lado!

—Sí. Es el hijo de Couchet.

Nine abrió desmesuradamente los ojos, impresionada por la coincidencia y preguntándose qué podía ocultarse tras ésta.

—Vino a mi cuarto esta mañana, al poco de irse usted. Yo volvía del Moulin-Bleu.

—¿Qué quería?

—Me preguntó si tenía una aspirina; era para Céline, que se encontraba mal.

—Y en el Moulin-Bleu, ¿qué? ¿La han contratado?

—Tengo que volver esta noche. Se ha lesionado una bailarina. Si no está mejor, la sustituiré y tal vez me contraten definitivamente. —Bajó la voz para proseguir—: Tengo los cien francos. Déme la mano. —El gesto revelaba toda una psicología. No quería devolverle los cien francos a Maigret en público. Temía molestarle, y llevaba el billete doblado muy menudito en la palma de la mano. ¡Y se lo deslizó como a un gigoló!—. Muchas gracias. Ha sido usted muy bueno. —Se la notaba desanimada. Miraba a su alrededor sin mostrar el menor interés por el espectáculo de la gente que iba y venía. Pese a todo, esbozó una pálida sonrisa y observó—: Nos está mirando el *maître*. Sin duda se preguntará qué hago con usted, pensando que ya he encontrado un sustituto de Raymond. Estoy comprometiéndole, comisario.

—¿Quiere tomar algo?

—No, gracias —contestó la muchacha discretamente—. Si por casualidad me necesitara, ya sabe. En el Moulin-Bleu, mi nombre es Elyane. ¿Conoce la entrada de los artistas, en la Rue Fontaine?

No resultó demasiado penoso. Maigret llamó a la puerta del piso del Boulevard Haussmann minutos antes de la hora de cenar. Incluso en el

vestíbulo reinaba un agobiante olor a crisantemos. La criada que acudió a abrir caminaba de puntillas.

Pensó que el comisario quería dejar tan sólo la tarjeta, y lo acompañó sin decir palabra hasta la capilla ardiente, toda llena de colgaduras negras. A la entrada había numerosas tarjetas de visita en una bandeja estilo Luis XVI.

El cuerpo estaba ya en el ataúd, que quedaba medio oculto entre las flores. En un rincón, un joven alto vestido de luto, muy distinguido, hizo una leve inclinación de cabeza a Maigret.

Frente a él estaba arrodillada una mujer de unos cincuenta años, rasgos vulgares y vestida como una campesina endomingada.

El comisario se acercó al joven.

—¿Podría ver a Madame Couchet?

—Le preguntaré a mi hermana si puede recibirle. ¿Monsieur...?

—... Maigret, el comisario encargado de la investigación.

La campesina no se movió. El joven regresó al cabo de unos instantes y acompañó al visitante por el piso.

Aparte del olor de las flores, que lo invadía todo, las habitaciones conservaban su aspecto habitual. Era un hermoso piso de finales del siglo XIX, como la mayoría de los pisos del Boulevard Haussmann. Grandes estancias. Techos y puertas un tanto recargados.

Y muebles antiguos de estilo definido. En el salón, una monumental araña de cristal tintineaba cuando se caminaba.

Madame Couchet se encontraba rodeada de tres personas a quienes presentó. Primero al joven de luto:

—Mi hermano, Henry Dormoy, que es abogado. —Luego a un señor de cierta edad—: Mi tío, el coronel Dormoy. —Por último, a una señora de hermosos cabellos plateados—: Mi madre.

Todos vestían de luto y eran gente muy distinguida. Aún no se habían llevado el té de la mesa, y quedaban tostadas y pasteles.

—Si quiere usted sentarse...

—Una pregunta, si me permite. La señora que está en la capilla ardiente...

—Es la hermana de mi marido. Ha llegado esta mañana de Saint-Armand. Maigret no sonrió, pero de inmediato se hizo cargo de la situación. Estaba

claro que nadie tenía el menor deseo de ver aparecer a la familia Couchet, con sus galas de campesinos o pequeño-burgueses.

Por un lado, estaban los parientes del marido, y, por otro, los Dormoy.

Los Dormoy eran elegantes y discretos. Todos iban de luto.

De los Couchet, sólo estaba aquella mujer cuya blusa de seda abultaba, demasiado tensa, bajo los brazos.

—¿Podría conversar unos minutos con usted, señora?

Madame Couchet se disculpó ante su familia, que quiso abandonar el salón.

—No, quedaos, por favor. Nosotros iremos al saloncito amarillo.

Había llorado, no cabía duda. Luego se había empolvado y apenas se adivinaba que los párpados estaban un poco marchitos. Su voz sonaba realmente cansada.

—¿No ha recibido hoy ninguna visita inesperada?

Alzó la cabeza, disgustada.

—¿Cómo lo sabe usted? Sí, a primera hora de la tarde se ha presentado mi hijastro.

—¿Ya lo conocía?

—Muy poco. El chico veía a mi marido en su despacho, pero una vez nos lo encontramos en el teatro y Raymond nos presentó.

—¿Cuál era el objeto de su visita?

Volvió la cabeza, molesta.

—Quería saber si había aparecido un testamento. Me ha preguntado también quién era mi administrador para consultarle sobre los trámites. — Suspiró e intentó disculpar todas esas mezquindades—. Está en su derecho. Pienso que le corresponde la mitad de la fortuna de su padre y no tengo intención de discutir con él por eso.

—¿Me permite que le haga algunas preguntas indiscretas? Cuando se casó usted con Couchet, ¿él era ya rico?

—Sí. Menos que ahora, pero sus negocios empezaban a prosperar.

—¿Matrimonio de amor?

Una sonrisa velada.

—Llamémoslo así. Nos conocimos en Dinard y, tres semanas después, me pidió que me casara con él. Mi familia se informó y...

—¿Ha sido usted feliz? —le preguntó mirándola a los ojos, y no necesitó respuesta. Prefirió murmurar él mismo—: Existía cierta diferencia de edad. Couchet tenía sus negocios. En realidad, no había gran intimidad entre ustedes, ¿no es así? Usted se dedicaba a la casa, llevaba su vida, y él la suya.

—Nunca se lo reproché. Era un hombre de gran vitalidad, que necesitaba una vida agitada. No quise atarle.

—¿Se sentía usted celosa?

—Al principio, sí; luego me acostumbré. Creo que me quería.

Era bastante guapa, pero se trataba de una belleza apagada, sin nervio. Facciones un tanto desdibujadas. Cuerpo delicado. Sobria elegancia. Debía de servir con distinción el té a sus amigas, en el tibio y confortable salón.

—¿Le hablaba con frecuencia su marido de su primera mujer?

Se le endurecieron las pupilas. Intentó disimular su enfado, pero comprendió que no engañaría a Maigret.

—No me corresponde a mí... —empezó a decir.

—Perdóneme, pero, dadas las circunstancias de la muerte, no caben delicadezas.

—¿Acaso sospecha usted de...? —preguntó ella.

—No sospecho de nadie. Intento reconstruir la vida de su marido, la de las personas que lo rodeaban, sus actos y movimientos durante la última noche. ¿Sabía usted que esa mujer vive en el mismo edificio en que Couchet tenía las oficinas?

—Sí. Me lo dijo él.

—¿En qué términos hablaba de ella?

—Estaba resentido con ella. Pero, a la vez, se avergonzaba de ese sentimiento y decía que, en el fondo, era una infeliz.

—¿Por qué una infeliz?

—Porque no se contentaba con nada. Además...

—¿Además...?

—Quería decir... Era muy interesada. En definitiva, abandonó a Raymond porque no ganaba bastante dinero. Luego se lo encontró rico... y ella, convertida en la mujer de un pequeño funcionario.

—¿Acaso ella intentó...?

—No, no creo que ella le pidiera nunca dinero. Aunque, ciertamente, mi

marido tampoco me lo habría dicho. En cambio, sé que para él era una tortura encontrársela en la Place des Vosges. Yo creo que ella se las ingeniaba para tropezarse con él; no le hablaba, pero se quedaba mirándolo con cara de desprecio.

El comisario no pudo por menos que sonreír al imaginar esos encuentros bajo la bóveda: Couchet apeándose del coche, lozano y sonrosado, y Madame Martin, tiesa, con sus guantes negros, su paraguas y su bolsito, su cara de víbora.

—¿Eso es todo lo que sabe usted?

—Él quería cambiar de locales, pero en París es difícil encontrar laboratorios.

—Por supuesto, su marido no tenía enemigos, ¿no?

—Ninguno. ¡Todo el mundo le quería! Era demasiado bueno, bueno hasta un extremo ridículo. No gastaba dinero: lo tiraba. Y cuando alguien se lo recriminaba, él contestaba que durante bastantes años había contado céntimo tras céntimo y que ahora por fin podía mostrarse generoso.

—¿Veía mucho a su familia, los Dormoy?

—Poco. No tenían la misma mentalidad, ¿sabe usted? Ni los mismos gustos.

En efecto, Maigret no se imaginaba a Couchet en el salón con el joven abogado, el coronel y la madre de gestos circunspectos.

Era comprensible.

Un hombre de carácter sanguíneo, vital, vulgar, de origen humilde, que se había pasado treinta años de su vida corriendo en pos de la fortuna, trabajando hasta la extenuación.

Se enriqueció. En Dinard, accedía por fin a un mundo en el que jamás había sido admitido. Una auténtica señorita, una familia de la alta burguesía, té y pastas, tenis y excursiones al campo.

Se casaba para demostrarse a sí mismo que todo le estaba ya permitido. Para poseer una casa como sólo las había visto hasta entonces desde fuera.

Se casaba también porque le impresionaba aquella muchacha juiciosa y bien educada.

Y se fueron a vivir a un piso en el Boulevard Haussmann, con las cosas más tradicionales.

Sin embargo, necesitaba salir de vez en cuando de ese ambiente, ver a otra gente, hablar sin controlarse. Cervecerías, bares...

¡Y otras mujeres!

Quería mucho a la suya. La admiraba. La respetaba. Le impresionaba.

Pero, precisamente porque le impresionaba, necesitaba chicas menos educadas, como Nine, para relajarse.

Madame Couchet tenía una pregunta en la punta de la lengua. Dudaba. Por fin se decidió, aunque mirando hacia otro lado.

—Me gustaría preguntarle si..., es un tanto delicado, discúlpeme... Tenía amigas, lo sé; él lo ocultaba, aunque apenas, por pura discreción. Bien; necesito saber si, en ese aspecto, habrá algún problema, escándalos...

Sin duda imaginaba a las amantes de su marido como mujercitas de novela, o incluso como *vamps* de cine.

—No tiene usted nada que temer —sonrió Maigret, recordando a la pequeña Nine, con su linda carita, y el puñado de joyas que había llevado por la tarde al Monte de Piedad.

—¿No será necesario...?

—No. No hay que indemnizar a nadie.

Se quedó sorprendida. Y quizás un tanto despechada: en definitiva, si esas mujeres no reclamaban nada, sería porque algún cariño profesaban a su marido, lo mismo que debió de sentir él por ellas.

—¿Ha fijado usted la fecha del entierro?

—Mi hermano se ha encargado de eso. Se celebrará el jueves, en Saint-Philippe-du-Roule.

Se oía ruido de platos en el comedor contiguo. Seguramente estaban poniendo la mesa para la cena.

—Bueno, sólo me queda darle las gracias y despedirme, rogándole de nuevo que me disculpe.

Mientras bajaba caminando por el Boulevard Haussmann, le sorprendió oírse exclamar al tiempo que llenaba la pipa:

—¡Condenado Couchet!

La frase le había venido a los labios con naturalidad, como si Couchet fuese un viejo amigo. Y hasta tal punto tenía esa sensación que el pensar que sólo lo había visto muerto le llenaba de estupor. Le parecía conocerlo

literalmente en cuerpo y alma. Quizás eso se debiera a las tres mujeres.

La primera, la hija del confitero, en el piso de Nanterre, pensando, desesperada, que su marido jamás ejercería una profesión seria.

Luego la señorita de Dinard y las pequeñas satisfacciones de amor propio de un Couchet convertido en sobrino de un coronel.

Nine, las citas en el Select, el Hôtel Pigalle.

Y el hijo, que lo sableaba. Y Madame Martin, que se las ingeniaba para cruzárselo en la bóveda, tal vez con la esperanza de hostigar sus remordimientos.

Extraño final: solo, en el despacho al que acudía lo menos posible. Con la espalda apoyada en la caja fuerte, las manos sobre la mesa.

Nadie se había percatado de nada. La portera, desde el patio, lo había visto inmóvil tras el vidrio esmerilado; pero quien la inquietaba era Madame de Saint-Marc, que estaba dando a luz.

La loca había gritado, arriba. Dicho de otro modo, la vieja Mathilde, con sus zapatillas de suela de fieltro, andaba agazapada tras una puerta del rellano.

Monsieur Martin, con su abrigo beige claro, bajaba y buscaba su guante por entre las basuras.

Una cosa era segura: alguien, en este momento, estaba en poder de los trescientos sesenta mil francos.

Y alguien había asesinado a Couchet.

«Todos los hombres son unos egoístas», se quejaba amargamente Madame Martin, con su rostro doliente.

¿Tendría ella los trescientos mil francos entregados por el Crédit Lyonnais? ¿Poseía al fin dinero, mucho dinero, todo un fajo de billetes grandes que significaba años placenteros sin preocuparse por el futuro ni por la pensión que le correspondería a la muerte de Monsieur Martin?

¿Serían Roger, con su cuerpo flácido, su cuerpo exhausto por el éter, y la tal Céline, a la que había recogido para embrutecerla con él en el trasudor de una cama de hotel?

¿Sería Nine, o Madame Couchet?

Fuera como fuese, había un lugar desde donde podía haberse visto todo: el piso de los Martin.

Y una mujer rondaba por la casa, pegando el oído a todas las puertas, arrastrando las zapatillas por los rellanos.

«Tengo que ir a hacerle una visita a la vieja Mathilde», pensó Maigret.

Pero cuando, al día siguiente, llegó a la Place des Vosges, la portera, que seleccionaba el correo (un grueso montón para los laboratorios y unas pocas cartas para el resto de los inquilinos), le detuvo.

—¿Va usted a casa de los Martin? No sé si debería subir. Madame Martin se puso malísima ayer por la noche. Hubo que llamar urgentemente al médico. Su marido está como loco.

Los empleados cruzaban el patio camino de los laboratorios y las oficinas. El ayuda de cámara sacudía las alfombras en una ventana del primer piso.

Se oían los vagidos de una criatura y la monótona cantinela de una nodriza.

Cuarenta de fiebre

—¡Chist! Está dormida, pero pase usted.

Monsieur Martin se hizo a un lado, resignado. Resignado a dejar ver su casa en desorden. Resignado a exhibirse en batín, con los bigotes caídos, verdosos, lo que indicaba que tenía la costumbre de teñírse los.

Había pasado toda la noche en vela. Se lo veía extenuado, lento en reaccionar.

Fue de puntillas a cerrar la puerta que comunicaba con el dormitorio y que dejaba ver el pie de la cama y una jofaina en el suelo.

—¿Le ha dicho la portera...? —susurró lanzando miradas angustiadas hacia la puerta. Al mismo tiempo, apagó el hornillo en el que había puesto café a calentar—. ¿Una tacita?

—Gracias, no quiero molestarle. Sólo deseaba preguntar por Madame Martin.

—Es usted muy amable —dijo Monsieur Martin con convicción. No veía malicia en las palabras de Maigret. Estaba tan acongojado que había perdido todo sentido crítico; eso si lo había tenido alguna vez—. Estos ataques son tremendos. ¿Me permite que me tome un café?

Se avergonzó al ver que los tirantes le colgaban sobre las piernas, se apresuró a recomponer su atuendo y retiró de la mesa los frascos de medicamentos.

—¿Suelen ocurrirle con frecuencia a Madame Martin?

—No. Y, desde luego, nunca había sufrido un ataque tan violento. Está muy nerviosa. De joven, parece ser que le daban todas las semanas ataques de

nervios.

—¿Y sigue teniéndolos?

Martin le lanzó una mirada de perro apaleado, atreviéndose apenas a confesar:

—Tengo que tratarla con muchos miramientos. Basta contradecirla para que se ponga fuera de sí.

Con el abrigo beige claro, los mostachos lustrosos y los guantes de piel, resultaba más bien ridículo. Una caricatura del pequeño funcionario pretencioso.

Pero ahora tenía el bigote desteñido y estaba ojeroso. No había tenido tiempo de lavarse la cara. Llevaba todavía el pijama debajo de una vieja chaqueta.

Y era un pobre diablo. Maigret descubrió con estupor que tenía por lo menos unos cincuenta y cinco años.

—¿La disgustó alguien anoche?

—No..., no...

Estaba agitadísimo, miraba a su alrededor con espanto.

—¿Vino alguien a verla? ¿Su hijo, por ejemplo?

—¡No! Estuvo usted, luego cenamos. Y luego...

—¿Qué?

—Nada. No sé. Le sobrevino de pronto. Es una persona muy sensible. ¡Ha sufrido tantas desgracias en su vida!

¿Creía de veras lo que decía? Maigret intuyó que Monsieur Martin hablaba para convencerse a sí mismo.

—En definitiva, dígame, ¿se ha formado usted una opinión personal sobre el asesinato?

A Monsieur Martin se le cayó al suelo la taza que tenía en la mano. ¿Estaba él también enfermo de los nervios?

—¿Por qué he de tener yo una opinión? Le juro que si tuviera una...

—¿Sí?

—No sé. ¡Es tremendo! Y precisamente en el momento en que más trabajo tenemos en la oficina. Ni siquiera me ha dado tiempo de avisar a mi jefe esta mañana. —Se pasó la escuálida mano por la frente y recogió los trozos de loza. Pasó largo rato buscando una bayeta para limpiar el parquet

—. Si ella me hubiera hecho caso, no nos habríamos quedado en esta casa.

Tenía miedo, era evidente. Estaba descompuesto por el miedo. Pero ¿miedo de qué, de quién?

—Es usted un buen hombre, ¿verdad, Monsieur Martin? Y honesto.

—Llevo treinta y dos años trabajando honradamente y...

—Por lo tanto, si supiera algo que pudiera ayudar a la justicia, consideraría un deber decírmelo.

Estaban a punto de castañetearle los dientes.

—Desde luego, se lo diría. Pero no sé nada. ¡Ojalá supiera algo! Esto ya no es vida.

—¿Qué opina de su hijastro?

Martin, sorprendido, miró a Maigret.

—¿Roger? Es...

—... un golfo, sí.

—Pero no es malo, se lo juro. La culpa de todo la tiene su padre. Como dice mi mujer, no deberían darles tanto dinero a los jóvenes. ¡Tiene razón! Y opino, al igual que ella, que Couchet no lo hacía porque fuera bondadoso ni por amor a su hijo, pues no le importaba. Lo hacía para quitárselo de encima, para tranquilizar su conciencia.

—¿Tranquilizar su conciencia?

Monsieur Martin, cada vez más azorado, se sonrojó.

—Se portó mal con Juliette, ¿sabe usted? —musitó.

—¿Juliette?

—Mi mujer, la primera esposa de Couchet. ¿Qué hizo por ella? ¡Nada! La trató como a una sirvienta. Con lo mucho que ella le ayudó en los tiempos difíciles... Y después...

—... no le dio nada, ¡por supuesto! Pero ella había vuelto a casarse.

Martin tenía la cara arrebolada. Maigret lo miraba con asombro, con compasión. Porque comprendía que el pobre hombre era del todo ajeno a esa idea inaudita. No hacía sino repetir lo que había oído decir cien veces a su mujer.

¡Couchet era rico! ¡Ella era pobre! Por tanto...

Pero el funcionario parecía prestar ahora atención a otra cosa.

—¿No ha oído usted nada?

Guardaron silencio un instante. Se oyó vagamente una voz que llamaba desde la habitación contigua. Monsieur Martin fue a abrir la puerta.

—¿Qué le estás contando? —inquirió Madame Martin.

—Bueno, pues...

—Es el comisario, ¿no? ¿Qué quiere ahora?

Maigret no la veía. La voz era la de una persona que guarda cama, muy debilitada, pero que conserva toda su sangre fría.

—El comisario ha venido a preguntar por ti.

—Dile que pase. ¡Espera! Dame una toalla mojada y el espejo. Y el peine.

—Te pondrás nerviosa otra vez.

—¡Mantén recto el espejo! No, suéltalo, no eres capaz de... Aparta esa palangana. Ay, los hombres... En cuanto la mujer no se ocupa de la casa, todo parece una cuadra. Ya puedes hacerle pasar.

El dormitorio era como el comedor, mortecino y triste, mal amueblado, con profusión de viejas cortinas, viejas telas, alfombras descoloridas. Maigret notó desde la puerta la mirada de Madame Martin clavada en él, sosegada, extraordinariamente lúcida.

En el rostro descompuesto vio asomar una empalagosa sonrisa de enferma.

—No se fije —dijo—. Hay un desorden espantoso. Ha sido este ataque. —Y miraba frente a sí con tristeza—. Pero ya estoy mejor. Mañana tengo que estar bien, para el entierro. Es mañana, ¿no?

—Sí, mañana. Al parecer, es usted propensa a esos ataques.

—Pues sí, me daban ya de pequeña, pero mi hermana...

—¿Tiene una hermana?

—Tenía dos... No vaya usted a imaginar lo que no es. La más joven tenía ataques también; se casó. Su marido era un canalla, y un buen día aprovechó uno de esos ataques para hacerla internar. La pobre murió al cabo de una semana...

—No te acalores —le suplicó Monsieur Martin, que no sabía dónde ponerse ni adónde mirar.

—... ¿loca? —inquirió Maigret.

Los rasgos de la mujer volvieron a endurecerse, su voz cobró un tono

avieso.

—Su marido quería quitársela de encima. Menos de seis meses después, se casó con otra. Todos los hombres son iguales. Una se sacrifica, se mata por ellos...

—Te suplico... —la interrumpió Monsieur Martin suspirando.

—No lo digo por ti. Aunque no eres mejor...

Bruscamente, Maigret notó que brotaban como oleadas de odio. Fue algo breve, impreciso. Sin embargo, estaba seguro de no equivocarse.

—En fin, el caso es que si no estuviera yo aquí... —continuó ella.

¿No había cierta amenaza en su voz? El hombre se agitaba inquieto. Por hacer algo, contó las gotas de una poción que fue dejando caer, una a una, en un vaso.

—Ha dicho el médico...

—¿Qué me importa a mí lo que diga el médico!

—Pero has de tomártelo. ¡Ten! Bébelo lentamente. No es malo.

Ella le miró, miró a Maigret, y al final se lo bebió encogiéndose de hombros, resignada.

—¿De veras ha venido usted sólo a interesarse por mí? —preguntó, recelosa.

—Me dirigía al laboratorio cuando la portera me ha dicho...

—¿Ha descubierto usted algo?

—Todavía no.

Cerró los ojos para subrayar que estaba cansada. Monsieur Martin miró a Maigret, y éste se levantó.

—En fin, espero que se restablezca pronto. Ya está usted mejor.

La mujer lo dejó marchar. Maigret no quiso que el marido lo acompañase.

—Quédese con ella, por favor.

¡Pobre tipo! Parecía tener miedo a quedarse allí; era como si se aferrara al comisario, pues con una tercera persona todo resultaba menos terrible.

—Verá usted como no es nada.

Mientras cruzaba el comedor oyó deslizarse a alguien por el rellano. Y alcanzó a la vieja Mathilde en el instante en que ésta se metía en su piso.

—¿Cómo está usted, señora?

La otra lo miró amedrentada, sin contestar, con la mano apoyada en el

pomo de la puerta.

Maigret hablaba quedamente. Adivinaba los oídos atentos de Madame Martin, también capaz de levantarse para escuchar detrás de la puerta.

—Como sin duda ya sabrá usted, soy el comisario encargado de la investigación.

Adivinaba ya que no sacaría nada de aquella mujer de rostro plácido, tan plácido como mofletudo.

—¿Qué quiere de mí?

—Sólo preguntarle si no tiene nada que decirme. ¿Hace tiempo que vive usted en la casa?

—Cuarenta años —replicó secamente la mujer.

—Supongo que conocerá a todos los inquilinos, ¿no?

—¡No hablo con nadie!

—Pensé que usted pudo haber visto u oído algo. A veces basta un pequeño indicio para poner a la justicia sobre la pista.

Alguien se movía en el interior del piso. Pero la vieja mantenía la puerta obstinadamente cerrada.

—¿No vio usted nada?

No contestó.

—¿Ni oyó nada?

—Más le valdría a usted decirle al dueño que me instale el gas.

—¿El gas?

—Todos tienen gas en la casa. Pero a mí, como no puede subirme el alquiler, se niega a instalármelo. Quiere echarme, y hace todo lo posible para que me vaya. Pero él se irá el primero, y con los pies por delante. Ya puede decírselo de mi parte.

Se abrió la puerta, tan poco que parecía imposible que por la abertura cupiese una mujer tan gorda. Luego se cerró, y sólo se oyeron sigilosos pasos en el interior.

—¿Me da usted su tarjeta?

El ayuda de cámara, con su chaleco a rayas, tomó la tarjeta que Maigret le alargaba y desapareció en el interior del piso, que era extraordinariamente

claro, gracias a unas ventanas de cinco metros de altura, de esas que apenas se encuentran ya, sólo en los edificios de la Place des Vosges y de la Île Saint-Louis.

Las habitaciones eran inmensas. Por algún sitio se oía el zumbido de un aspirador eléctrico. Una nodriza en bata blanca, tocada con un bonito velo azul, pasó de una habitación a otra lanzando una mirada de curiosidad al visitante.

—Haga pasar al comisario —dijo una voz cercana.

Monsieur de Saint-Marc se hallaba en su despacho. Llevaba batín, y sus cabellos plateados estaban alisados con esmero. Primero cerró una puerta por la que Maigret tuvo tiempo de ver una bonita cama antigua y la cabeza de una mujer joven recostada en la almohada.

—Siéntese, por favor. Por supuesto, querrá usted hablarme del horrible asunto de Couchet. —Pese a su edad, el hombre daba una impresión de vigor y salud. Y en el piso se respiraba la atmósfera de una casa feliz, donde todo era luminoso y alegre—. Ese drama me ha afectado mucho, sobre todo porque se ha producido en un momento muy entrañable para mí.

—Sí, estoy al corriente.

Brilló una chispa de orgullo en los ojos del ex embajador. Se envanecía de haber sido padre a su edad.

—Le ruego que baje la voz, porque prefiero ocultar este asunto a Madame de Saint-Marc. En su estado, sería lamentable... En realidad, ¿qué quería usted preguntarme? Yo no conocía apenas al tal Couchet. Nos cruzamos dos o tres veces en el patio. Pertenecía a uno de los clubs a los que voy de vez en cuando, el Haussmann. Lo sé porque vi su nombre en el anuario que ha aparecido recientemente. Creo que era una persona bastante vulgar, ¿no?

—El hombre procedía de familia humilde. Le costó mucho llegar a ser lo que era.

—Mi esposa me dijo que estaba casado con una mujer de muy buena familia, casualmente una antigua amiga suya del internado. Ésa es una de las razones por las que es preferible no decirle nada de momento. Así pues, ¿qué deseaba usted?

Desde las amplias ventanas se dominaba la Place des Vosges, animada por un leve rayo de sol. Unos jardineros regaban el césped y los macizos de

flores. Los camiones circulaban pesadamente, como caballos.

—Una simple información. Sé que en varias ocasiones, nervioso por la espera del acontecimiento, cosa lógica, se paseó usted por el patio. ¿Se encontró con alguien? ¿No vio a nadie dirigirse hacia las oficinas del fondo?

Monsieur de Saint-Marc reflexionó mientras jugaba con el abrecartas.

—Espere... No, no lo creo. Claro está que yo tenía otras preocupaciones. La portera podrá decirle mejor que yo...

—La portera no sabe nada.

—Pues yo... No... Bueno, sí, aunque no debe de guardar la menor relación.

—Cuéntemelo de todos modos.

—En un momento dado oí un ruido por la zona de las basuras. Como no tenía nada que hacer, me acerqué y vi a una inquilina del segundo, a...

—Madame Martin.

—Creo que se llama así. Confieso que conozco muy poco a mis vecinos. La mujer hurgaba en uno de los contenedores de cinc. Recuerdo que me dijo: «Hemos tirado por descuido una cuchara de plata a la basura». Yo le pregunté: «¿La ha encontrado usted?». Y contestó, un poco nerviosa: «¡Sí, sí!».

—¿Qué hizo ella entonces? —preguntó Maigret.

—Subió a su casa apresuradamente. Esa mujercilla nerviosa parece ir siempre corriendo. Recuerdo lo de la cuchara porque nosotros también perdimos de esa manera una sortija de valor. Lo mejor del caso es que un trapero la encontró al hurgar con su gancho y se la devolvió a la portera.

—¿Podría usted decirme hacia qué hora tuvo lugar ese incidente?

—Me resultaría difícil. Espere: yo no quería cenar, pero hacia las ocho y media, Albert, mi ayuda de cámara, insistió en que tomase algo. Como yo me negaba a sentarme a la mesa, me trajo al salón unos pastelillos de anchoas. Eso fue antes de...

—¿Antes de las ocho y media?

—Sí. Pongamos que el incidente, como dice usted, ocurrió poco después de las ocho. Pero no creo que tenga mucho interés... ¿Cuál es su opinión sobre este asunto? Yo, por mi parte, me niego a creer, como al parecer dice el rumor que comienza a circular, que el asesinato lo cometiera alguien del

edificio. Piense que cualquiera puede entrar en el patio. Por cierto, he decidido escribir al dueño exigiéndole que se cierre la puerta de la bóveda en cuanto anochezca.

Maigret se levantó.

—Yo aún no tengo opinión —dijo.

Llegó la portera con el correo y, como la puerta del vestíbulo se había quedado abierta, la mujer vio de repente al comisario hablando con Monsieur de Saint-Marc.

La buena de Madame Bourcier se quedó descompuesta. Su mirada reflejaba un mar de inquietud.

¿Sería capaz Maigret de sospechar de los Saint-Marc? Y ¿cómo se atrevía a importunarlos con sus preguntas?

—Muchas gracias, Monsieur de Saint-Marc. Y discúlpeme por haberlo molestado.

—¿Un cigarro? —Monsieur de Saint-Marc era todo un caballero, con un asomo de familiaridad condescendiente que recordaba más al político que al diplomático—. Estoy a su total disposición.

El ayuda de cámara acompañó a Maigret hasta la puerta. Éste bajó las escaleras y se topó en el patio con el repartidor de unos grandes almacenes que buscaba en vano a la portera.

En la portería sólo había un perro, un gato y los niños, dedicados a pringarse la cara con papilla.

—¿No está vuestra mamá?

—Ahora mismo vuelve, señor. Ha subido a llevar el correo.

En un apartado rincón del patio, junto a la portería, se alineaban cuatro contenedores de cinc donde, por la noche, los inquilinos acudían, unos tras otros, a echar las basuras.

A las seis de la mañana la portera abría el portal y los basureros vaciaban los contenedores de basura en el camión.

De noche, ese rincón no estaba iluminado. El único farol del patio se hallaba al otro lado, al pie de la escalera.

¿Qué bajó a buscar Madame Martin aproximadamente a la misma hora en que había sido asesinado Couchet?

¿Se había empeñado también ella en encontrar el guante de su marido?

«No», gruñó Maigret, asaltado por un recuerdo. «Monsieur Martin bajó la basura mucho más tarde».

Entonces, ¿qué mentira era ésa? No podía haberse perdido ninguna cuchara. Durante el día, los inquilinos tenían prohibido depositar nada en los contenedores vacíos.

Así pues, ¿qué bajaron a buscar ambos, uno tras otro?

Madame Martin había hurgado en el mismo cubo de basura. Monsieur Martin, por su parte, había dado vueltas alrededor del cubo, prendiendo fósforos.

¡Y al día siguiente el guante había aparecido!

—¿Ha visto usted a la chiquitina? —preguntó una voz detrás de Maigret.

Era la portera, que hablaba de la criatura de los Saint-Marc con más emoción que de sus hijos.

—No le habrá dicho usted nada a la señora, ¿eh? No debe enterarse.

—¡Lo sé, lo sé!

—En cuanto a lo de la corona, me refiero a la corona de los vecinos, no sé si es mejor mandarla hoy a casa del difunto o si lo habitual es depositarla cuando el entierro. El personal del laboratorio se ha portado también de modo fantástico: han recaudado más de trescientos francos. —Se volvió hacia el repartidor—: ¿Qué desea?

—¿Saint-Marc?

—Escalera derecha, primera planta, enfrente. ¡Sobre todo, no llame bruscamente! —Y agregó, dirigiéndose a Maigret—: ¡Si supiera usted cuántas flores recibe! Ya no saben dónde ponerlas. Han tenido que subir la mayor parte a los cuartos del servicio. ¿No quiere usted pasar? Jojo, ¿vas a dejar en paz a tu hermana de una vez?

El comisario seguía mirando hacia las basuras. ¿Qué diablos buscarían allí los Martin?

—Por la mañana, ¿las deposita usted en la acera, como suele hacerse?

—No. Desde que enviudé, no puedo sacarlas. Tendría que contratar a alguien, porque pesan demasiado para mí. Los de la basura son muy amables: ellos vienen a buscar los contenedores al patio, y de vez en cuando yo les invito a un trago de vino blanco.

—Así pues, los traperos no pueden venir a hurgar.

—¿Cómo que no? Entran en el patio, y a veces se juntan tres o cuatro y organizan un pringue de mil demonios.

—Muchas gracias, señora.

Y Maigret se fue caviloso, olvidando o decidiendo no acudir a los laboratorios, como había pensado hacer por la mañana.

Al llegar al Quai des Orfèvres, le anunciaron:

—Preguntan por usted al teléfono. Es un coronel.

Pero el comisario seguía enfrascado en sus pensamientos. Mientras abría la puerta del despacho, llamó:

—Lucas, ponte ahora mismo en camino. Ve a interrogar a todos los traperos que suelen «operar» por los alrededores de la Place des Vosges. Si hace falta, llégate hasta la fábrica de Saint-Denis, donde incineran las basuras.

—Pero...

—Averigua si observaron algo anormal en las basuras del número sesenta y uno de la Place des Vosges anteayer por la mañana.

Se había dejado caer en el sillón, y una palabra le volvía a la mente: «Coronel».

¿Qué coronel? No conocía a ningún coronel.

¡Ah, sí! Había un coronel en el caso. El tío de Madame Couchet. ¿Qué querría de él?

—¡Oiga! ¿Elysées 17-62?... Aquí el comisario Maigret, de la Policía Judicial... ¿Cómo dice? ¿Que quiere hablar conmigo el coronel Dormoy?... No cuelgo, no. Sí. ¿Es usted, mi coronel?... ¿Cómo? ¿Un testamento? No le oigo muy bien... No, al revés, ¡hable menos fuerte! Aléjese un poco del aparato. Así, mejor. Dígame... ¿Que ha encontrado usted un testamento disparatado?... ¿Y no está ni lacrado?... ¡Conforme! Estaré allí dentro de media hora... No, en absoluto. No necesito tomar un taxi.

Encendió la pipa, echando el sillón hacia atrás, y cruzó las piernas.

Las tres mujeres

—El coronel le espera en la habitación de Monsieur Couchet, caballero. Si quiere usted seguirme...

La puerta de la capilla ardiente estaba cerrada. Se oía movimiento en la habitación contigua, que debía de ser el dormitorio de Madame Couchet. La sirvienta abrió una puerta y Maigret vio al coronel de pie, junto a la mesa, con la mano levemente posada en ésta, la barbilla alzada, digno y sereno, como si posara para un escultor.

—Tenga la bondad de sentarse.

Como eso no encajaba con Maigret, éste no se sentó; se limitó a desabrocharse el pesado gabán, a dejar el sombrero hongo en una silla y a llenar la pipa.

—¿Ha sido usted quien ha encontrado el testamento de que me habló? —preguntó mirando a su alrededor con interés.

—Sí, esta misma mañana. Mi sobrina todavía no lo sabe. El documento resulta tan indignante que...

Extraña habitación, amueblada siguiendo los gustos de Couchet. Cierto que los muebles eran de época, como en el resto del piso. Había algunos objetos de valor; pero, junto a ellos, cosas que revelaban los gustos vulgares del buen hombre.

Delante de la ventana, una mesa servía de escritorio. Sobre ella había cigarrillos turcos, pero también un montón de esas pipas de cerezo silvestre que valen treinta céntimos y que Couchet debía de quemar con cariño.

Un batín de color púrpura. Seguro que Couchet no había encontrado otro

más llamativo. Y, al pie de la cama, unas zapatillas con las suelas agujereadas.

La mesa tenía un cajón.

—El cajón no estaba cerrado con llave —dijo el coronel—. Ni siquiera sé si existe una llave. Esta mañana, mi sobrina necesitaba dinero para pagar a un repartidor y no he querido que firmase un cheque. He estado hurgando por la habitación y he encontrado esto.

Un sobre con membrete del Grand-Hôtel. Papel, con idéntico membrete, levemente azulado. Y unas líneas que parecían haber sido escritas distraídamente, como si se tratara de un borrador.

«Éste es mi testamento».

Más adelante, este inesperado párrafo:

«Como probablemente se me olvidará informarme sobre las leyes relativas a la sucesión, ruego a mi notario, Monsieur Dampierre, que proceda de manera que mi fortuna quede repartida lo más equitativamente posible entre:

»1.º Mi actual mujer, Germaine, de soltera Dormoy.

»2.º Mi primera mujer, en la actualidad Madame Martin, con domicilio en la Place des Vosges, número 61.

»3.º Nine Moinard, que reside en el Hôtel Pigalle, de la Rue Pigalle».

—¿Qué opina usted?

Maigret estaba radiante. A la vista de ese testamento, Couchet se convertía, a sus ojos, en un personaje más que simpático.

—Está claro —prosiguió el coronel— que el testamento carece de sentido. Conlleva no sé cuántas cláusulas susceptibles de nulidad, y en cuanto se celebre el entierro lo impugnaremos. Pero me ha parecido interesante y urgente hablarle de él, pues...

Maigret sonreía como si asistiese a una magnífica farsa. ¡Y utilizar el papel del Grand-Hôtel! Como muchos hombres de negocios que no disponen de despacho en el centro de la ciudad, Couchet debía de citar allí a algunos clientes; de ese modo, mientras esperaba a alguien en el vestíbulo o en una

sala del hotel, había tomado un cartapacio y había garrapateado esas líneas.

No había cerrado el sobre. Lo había arrojado en un cajón, posponiendo el momento de redactar el testamento según los cánones.

De ello hacía quince días.

—Sin duda le habrá sorprendido a usted —decía el coronel— tamaña monstruosidad, ¿verdad? Couchet, sin más, ¡olvida mencionar a su hijo! Ese detalle bastaría para anular el testamento y...

—¿Conoce usted a Roger?

—¿Yo? No.

Maigret seguía sonriendo.

—Como le decía, le he pedido que venga porque...

—¿Conoce a Nine Moinard?

El pobre hombre se sobresaltó como si le hubieran pisado un pie.

—¿Por qué habría de conocerla? La dirección de la Rue Pigalle ya me indica... Pero ¿qué estaba diciéndole? ¡Ah, sí! ¿Ha visto la fecha del testamento? Lo redactó recientemente. Monsieur Couchet, dos semanas después de escribirlo, murió... ¡asesinado! Suponga por un momento que una de las dos mujeres mencionadas conociese estas disposiciones... Tengo motivos para pensar que no son ricas.

—¿Por qué dice «una de las dos mujeres»?

—¿Qué insinúa?

—¡Tres mujeres! El testamento menciona a tres mujeres. Las tres mujeres de Couchet, para entendernos.

El coronel optó por creer que Maigret bromeaba.

—Hablaba en serio, comisario —replicó—. No olvide que hay un muerto en la casa. Y está en juego el futuro de varias personas.

No cabía la menor duda de eso. Sin embargo, el comisario tenía ganas de reírse. No habría sabido decir por qué.

—Le agradezco que me haya informado.

El coronel se sentía decepcionado. No comprendía esa actitud por parte de un funcionario de la categoría de Maigret.

—Supongo que...

—Adiós, mi coronel. Mis respetos a Madame Couchet.

En la calle, no pudo por menos que exclamar:

—¡Condenado Couchet!

Fríamente, por las buenas, sin ánimo de guasa, incluía a sus tres mujeres en el testamento. A la primera, convertida en Madame Martin, que se plantaba de continuo ante él para lanzarle miradas de desdén, cual reproche viviente. Y a la buena de Nine, que había hecho todo lo posible por distraerlo.

En cambio, ¡olvidaba que tenía un hijo!

Maigret pasó un buen rato preguntándose a quién daría primero la noticia. ¿A Madame Martin, a quien la fortuna haría sin duda brincar de la cama? ¿A Nine?

«Ahora bien, de aquí a que cobren el dinero... El asunto puede durar años. Pleitearán. Y, a buen seguro, Madame Martin no se dejará avasallar. Como quiera que sea, el coronel ha sido honrado. Hubiera podido quemar el testamento sin que se enterase nadie».

Maigret, contento y feliz, cruzaba a pie el barrio de L'Europe. Un tenue sol entibiaba la atmósfera. Había alegría en el aire.

—¡Condenado Couchet!

Entró en el ascensor del Hôtel Pigalle sin preguntar nada, e instantes después llamaba a la puerta de Nine. Se oyó ruido de pasos en el interior. La puerta se entreabrió lo justo para dejar pasar una mano que permaneció tendida en el vacío.

Una mano de mujer, ya arrugada. Como Maigret no se movía, la mano se impacientó y asomó el rostro de una mujer inglesa, vieja, que le soltó un discurso incomprensible.

Maigret adivinó que la inglesa, por su modo de tender la mano, esperaba el correo. De lo que no cabía duda era de que Nine no ocupaba ya esa habitación, ni probablemente se alojaba en el hotel.

«Demasiado caro para ella», pensó para sus adentros.

Se detuvo, dudoso, ante la puerta contigua. Un empleado del hotel le decidió, al preguntarle con recelo:

—¿Qué busca usted?

—A Monsieur Couchet.

—¿No contesta?

—Aún no he llamado a la puerta —dijo, y sonrió de nuevo.

Estaba de excelente humor. Esa mañana le embargaba la sensación de

participar en una farsa. La vida entera era una farsa. La muerte de Couchet era una farsa, y sobre todo su testamento.

—¡... lante!

El pestillo se movía. Lo primero que hizo Maigret fue ir a correr las cortinas y entreabrir la ventana.

Céline ni se había despertado. Roger se restregaba los ojos, bostezando:

—Ah, ¿es usted?

Había cierto progreso: la habitación no olía a éter. La ropa yacía amontonada por el suelo.

—¿Qué quiere? —preguntó, y se sentó en la cama; tomó el vaso de agua de la mesilla y lo apuró de un sorbo.

—Han encontrado el testamento —le anunció Maigret cubriendo con las sábanas un muslo desnudo de Céline, que estaba acostada hecha un ovillo.

—¿Y qué?

Roger no manifestaba el menor entusiasmo. Apenas una vaga curiosidad.

—Pues que es un testamento muy raro. Hará correr mucha tinta y ganar mucho dinero a los abogados. Imagínese: su padre dejó toda su fortuna a sus tres mujeres.

El joven trató de comprender.

—¿Sus tres...?

—Sí: a su mujer actual, la legítima; a su madre, Roger; y por último a su amiguita Nine, la que hasta ayer ocupaba la habitación de al lado. Y le encarga al notario que se ocupe de que cada una reciba una parte igual.

Roger no chistaba. Parecía reflexionar, pero como si el asunto no le afectase personalmente.

—Es para partirse de risa —dijo por fin; su voz grave contrastaba con sus palabras.

—Eso le he dicho exactamente al coronel.

—¿Qué coronel?

—Un tío de Madame Couchet que desempeña el papel de hombre de la familia.

—¡Menuda cara pondría!

—En efecto.

El joven sacó las piernas de la cama y agarró un pantalón que estaba en el

respaldo de una silla.

—No parece afectarle mucho la noticia.

—A mí tanto me da.

Se abrochó el pantalón, buscó el peine y cerró la ventana, pues entraba un aire demasiado fresco.

—¿No necesita dinero?

Maigret se había puesto serio de pronto. Su mirada se volvía dura, inquisidora.

—Yo qué sé.

—¿No sabe usted si necesita dinero?

Roger clavó en el comisario una mirada sórdida, y Maigret se sintió incómodo.

—Me importa un comino.

—No será porque se gane muy bien la vida.

—No gano un céntimo.

Bostezó y se miró, taciturno, en el espejo. Maigret advirtió que Céline se había despertado. No se movía. Había debido de oír parte de la conversación, pues observaba a los dos hombres llena de curiosidad.

Y eso que también ella necesitaba el vaso de agua. La atmósfera de la habitación, con su desorden, su olor indefinido y esos dos seres desalentados, parecía la quintaesencia de un mundo desmoralizado.

—¿Tiene dinero ahorrado?

Roger empezaba a hartarse de la conversación. Buscó la chaqueta, sacó un delgado billetero con sus iniciales grabadas en él y se lo arrojó a Maigret.

—¡Registre!

Dos billetes de cien francos, algunos recortes de periódico y un resguardo viejo de un guardarropa.

—¿Qué hará si le arrebatan la herencia?

—No quiero herencia.

—¿No impugnará el testamento?

—No.

Eso sonó extraño. Maigret, que tenía la mirada clavada en la alfombra, alzó la cabeza.

—¿Le bastan los trescientos sesenta mil francos?

La actitud del joven cambió. Caminó hacia el comisario, se detuvo a menos de un paso de él, hasta que los hombros de ambos casi se tocaron, y exclamó a media voz, cerrando los puños:

—¡Repita eso!

En ese momento tenía un aire un tanto barriobajero. El gesto tenía efluvios de arrabal, de riña tabernaria.

—Le pregunto si los trescientos sesenta mil francos de Couchet le...

Apenas tuvo tiempo de agarrar al vuelo el brazo de su interlocutor. De no haberlo hecho, habría recibido uno de los puñetazos más soberanos de su vida.

—¡Tranquilícese!

Pero Roger estaba tranquilo. No forcejeaba. Había palidecido. Mantenía la mirada fija. Aguardaba a que el comisario se dignase soltarlo.

¿Lo hacía para intentar golpear de nuevo? Por su parte, Céline había saltado de la cama, pese a que iba medio desnuda. Se la veía dispuesta a abrir la puerta en cualquier momento para pedir auxilio.

Todo discurrió apaciblemente. El comisario le mantuvo sujeta la muñeca sólo unos segundos y, cuando le dejó en libertad de movimientos, el joven no se movió.

Siguió un largo silencio. Parecía como si ambos dudasen en romperlo, al igual que, en un combate, cada uno de los contrincantes duda en atacar el primero.

Al final habló Roger.

—Se equivoca usted de cabo a rabo.

Acto seguido recogió una bata malva que estaba tirada por el suelo y se la arrojó a su compañera.

—¿Quiere decirme qué piensa hacer una vez haya gastado los doscientos francos?

—¿Qué he hecho hasta ahora en mi vida?

—Sólo hay una pequeña diferencia: su padre ha muerto y no podrá darle más dinero.

Roger Couchet se encogió de hombros como queriendo decir que el comisario no se enteraba de nada.

Flotaba una atmósfera indefinible, no propiamente de drama. De algo más

angustioso. ¿Quizás una atmósfera de bohemia sin poesía? Tal vez se debiera a ese billetero y a los dos billetes de cien francos.

O, tal vez, a esa mujer inquieta que acababa de enterarse de que el día siguiente sería distinto a los anteriores, de que tendría que buscar un nuevo compañero.

Pero no. Era el propio Roger, y el joven daba miedo. Su actitud y sus gestos no se correspondían con su pasado, no encajaban con lo que Maigret sabía de su carácter.

Esa tranquilidad... Y no era una pose. Estaba realmente tranquilo, con la tranquilidad de quienes...

—Déme su revólver —le ordenó de repente el comisario.

El joven se lo sacó de un bolsillo del pantalón y se lo alargó con la sombra de una sonrisa.

—Prométame que...

No acabó la frase, pues temió que la mujer empezara a gritar de espanto.

Ésta no entendía nada, pero sospechaba que algo horrible ocurría.

Ironía en los ojos de Roger.

Fue casi una huida. Maigret, como no tenía nada que agregar, ningún gesto que esbozar, se retiró; justo al salir, se dio un golpe con el marco de la puerta y reprimió una palabrota.

Al pisar la calle ya había perdido su humor festivo de la mañana. No le veía a la vida el menor viso de alegría. Alzó la cabeza para mirar la ventana correspondiente a la habitación que ocupaba la pareja. Estaba cerrada. No se veía nada.

Le embargaba ese malestar que nos invade de pronto cuando dejamos de comprender algo que hasta hacía poco entendíamos.

Aquellas dos o tres miradas de Roger... El comisario no hubiera podido explicarlas, pero no las había previsto, no cuadraban con el resto.

Volvió sobre sus pasos, porque había olvidado pedir las nuevas señas de Nine Moinard en el hotel.

—No las sé —dijo el conserje—. Ha pagado la habitación y se ha marchado con su maleta. No ha pedido taxi. Se habrá buscado un hotel más barato por el barrio.

—Escuche: si..., si ocurriera algo en el hotel... Sí, algo inesperado, haga

el favor de llamar a la Policía Judicial y pida hablar conmigo. Comisario Maigret.

Luego se arrepintió de haber dado ese paso. ¿Qué podía suceder? Sin embargo, pensaba en los dos billetes de cien francos, en la mirada asustada de Céline.

Un cuarto de hora después entraba en el Moulin-Bleu por la puerta de los artistas. El local estaba vacío, oscuro; las butacas y el canto de las barandillas de los palcos, forrados de lustrina verde.

En el escenario, seis mujeres, ateridas pese a sus abrigos, ensayaban una y otra vez el mismo paso —un paso ridículamente sencillo—, mientras un hombre regordete se desgañitaba, vociferando una melodía.

—Uno, dos... Tra la la la. ¡Que no! Tra la la la. ¡Tres! ¡Tres! ¡Demonios!

Nine era la segunda de las mujeres. Había reconocido a Maigret, de pie junto a una columna. El hombre regordete también lo había visto, pero no le prestó atención alguna.

—Un, dos... Tra la la la.

Aquello duró un cuarto de hora. Hacía más frío que en el exterior y a Maigret se le quedaron los pies helados. Por fin el hombrecillo se enjugó la frente y lanzó un insulto a su *troupe* a modo de despedida.

—¿Me busca a mí? —gritó de lejos a Maigret.

—¡No! Busco a...

Nine se acercó a él, incómoda, preguntándose si debía tender o no la mano al comisario.

—Tengo una importante noticia que comunicarle.

—Aquí no. No podemos recibir gente en el local. Excepto por la noche, claro, porque así se venden más entradas.

Se sentaron ante la mesa de un pequeño bar, al lado del local.

—Han encontrado el testamento de Couchet. Lega toda su fortuna a tres mujeres.

La muchacha lo miraba asombrada, sin sospechar la verdad.

—La lega a su ex mujer, aunque ella haya vuelto a casarse. También a la segunda. Y también a usted.

Nine miraba fijamente a Maigret, y éste vio cómo a la mujer se le agrandaban y se le humedecían los ojos.

Al final, se ocultó el rostro entre las manos para llorar.

Cuidando a la enferma

—Padecía una enfermedad del corazón. Y él lo sabía. —Nine tomó un sorbo de un aperitivo color rubí—. Por eso se cuidaba. Decía que ya había trabajado bastante, que ahora le tocaba disfrutar de la vida.

—¿Solía hablar a veces de la muerte?

—Muchas veces, pero no de... esa clase de muerte. Pensaba en su enfermedad del corazón.

Se hallaban en uno de esos pequeños bares a los que sólo acude la clientela habitual.

El dueño miraba a Maigret a hurtadillas, como a un burgués acomodado. En la barra hablaban de las carreras de la tarde.

—¿Era un hombre triste?

—Resulta difícil de explicar, porque no era como los demás. Por ejemplo, cuando estábamos en el teatro, o en otro lugar, disfrutaba, se lo pasaba bien. Y de repente, de buenas a primeras, soltaba una carcajada: «Qué porquería de vida, ¿verdad, Ninette?».

—¿Se preocupaba por su hijo?

—No.

—¿Hablaban de él?

—Casi nunca, sólo cuando le pedía dinero.

—¿Y qué decía?

—Suspiraba: «Pobre imbécil».

Maigret lo había notado ya: por una u otra razón, Monsieur Couchet sentía poco afecto hacia su hijo. Parecía incluso que el joven le inspirase tal

repulsión que no intentaba ni ayudarle.

Porque nunca le había sermoneado. Y le daba dinero para quitárselo de encima, o por lástima.

—Camarero, ¿qué le debo?

—Cuatro francos con sesenta.

Nine salió con él del bar y se quedaron un instante en la acera de la Rue Fontaine.

—¿Dónde vive usted ahora?

—En la Rue Lepic, el primer hotel a mano izquierda. Ni me he fijado en el nombre. Está bastante limpio.

—Cuando sea rica, podrá...

Ella sonrió con los ojos húmedos.

—Sabe usted muy bien que yo nunca seré rica. No tengo aspecto de eso.

Aunque resultara extraño, Maigret tenía exactamente esa misma impresión. Nine no tenía pinta de llegar a ser rica algún día. No habría sabido decir por qué.

—La acompañaré hasta la Place Pigalle, y allí tomaré el tranvía.

Caminaron lentamente, él enorme, pesado; ella, pequeña, al lado de las anchas espaldas de su acompañante.

—¡Si supiera usted cómo me desconcierta estar sola! Por suerte tengo el teatro, con los dos ensayos diarios hasta que esté lista la nueva revista.

Se veía obligada a dar dos pasos por cada uno que daba Maigret, de modo que casi corría. En la esquina de la Rue Pigalle, se detuvo de pronto, al tiempo que el comisario fruncía el entrecejo y mascullaba entre dientes:

—¡Estúpido!

Sin embargo, no podía verse nada. Frente al Hôtel Pigalle se habían congregado unas cuarenta personas. Un agente, en el umbral, intentaba dispersar a la multitud.

Eso era todo. Pero flotaba esa atmósfera especial, ese silencio que sólo se da en la calle cuando se ha producido una catástrofe.

—¿Qué ocurre? —balbució Nine—. ¡Pero si es en mi antiguo hotel!

—No, no es nada. Márchese.

—Pero si...

—¡Márchese! —le ordenó Maigret secamente.

Y ella obedeció, intimidada, mientras el comisario se abría paso entre la multitud. Arremetió como un ariete. Unas mujeres lo insultaron. El agente lo reconoció y le hizo pasar al vestíbulo del hotel.

Estaba ya allí el comisario del barrio, conversando con el conserje; este último exclamó, señalando a Maigret:

—Ése es. Lo reconozco.

Los dos policías se estrecharon la mano. Se oían sollozos, gemidos y confusos murmullos en el saloncito que daba al vestíbulo.

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó Maigret.

—La chica que vive con él ha declarado que estaba delante de la ventana, muy tranquilo. Ella se vestía y él la miraba silbando. El chico le comentó que tenía los muslos bonitos, pero que las pantorrillas eran demasiado flacas; luego siguió silbando. Y, de repente, la joven no oyó nada. La invadió como una angustiosa sensación de vacío: ¡él había desaparecido! ¡Y no había podido salir por la puerta!

—Comprendo. ¿Hirió a alguien al caer en la acera?

—No. Y murió en el acto. Se fracturó la columna vertebral por dos partes.

—Ya llega —anunció el agente.

—La ambulancia —explicó el comisario del barrio—. No podemos hacer nada más. ¿Sabe si tenía algún pariente? Deberíamos avisarle. Cuando llegó usted, el conserje me contaba precisamente que el joven había recibido una visita esta mañana: un hombre alto y fuerte. Estaba describiéndome a ese hombre en el momento en que le he visto. ¿Fue usted quien vino a verle! ¿Quiere que redacte el informe o se encarga usted de todo?

—Escriba usted el informe.

—¿Y la familia?

—De eso me encargo yo.

Abrió la puerta del salón y vio una forma en el suelo, totalmente cubierta con una manta procedente de una de las camas.

Céline, desplomada en un sillón, emitía ahora un aullido regular; entretanto, una mujer gorda, la dueña del hotel o una empleada, intentaba consolarla.

—No es lo mismo que si se hubiera matado por ti, ¿comprendes? Tú nada puedes hacer. Nunca le negaste nada.

Maigret no levantó la manta, ni quiso que Céline advirtiese su presencia.

Al poco, unos enfermeros transportaron el cadáver a la ambulancia, y ésta arrancó rumbo al Instituto de Medicina Legal.

Entonces, paulatinamente, el grupo de la Rue Pigalle empezó a dispersarse. Los últimos curiosos no sabían ya si había ocurrido un incendio, un suicidio o la detención de un delincuente.

«Él silbaba. Y de pronto no oí nada».

Maigret subía lentamente la escalera del edificio de la Place des Vosges y, a medida que se acercaba a la segunda planta, iba enfurruñándose más y más.

La puerta de la vieja Mathilde estaba entreabierta. Probablemente la mujer se hallaba detrás, espiando. Pero el inspector se encogió de hombros y tiró del cordón que colgaba de la puerta de los Martin.

Tenía la pipa entre los dientes. Aunque por un momento pensó metérsela en el bolsillo, una vez más se encogió de hombros.

Entrechocar de botellas. Rumor confuso. Las voces de dos hombres que se acercaban, y la puerta se abrió por fin.

—Bien, doctor. Sí, doctor. Gracias, doctor.

Lo decía un Martin abrumado, que aún no había tenido tiempo de asearse y a quien Maigret encontraba con la misma lamentable indumentaria de por la mañana.

—¿Es usted?

El médico se encaminó hacia la escalera mientras Martin hacía pasar al comisario, lanzando una breve mirada furtiva al dormitorio.

—¿Se encuentra peor?

—No se sabe. El médico no se atreve a opinar. Volverá esta noche. —Tomó una receta que estaba encima del aparato de radio, clavando en ella su mirada vacía—. Ni siquiera tengo a nadie que vaya a la farmacia.

—¿Qué ha ocurrido?

—Más o menos lo mismo que ayer por la noche, pero más fuerte. Temblaba, balbuceaba cosas incomprensibles. He hecho venir al médico, y la ha encontrado con casi cuarenta grados de fiebre.

—¿Delira?

—¿No le he dicho que no se entiende lo que balbucea? Hace falta hielo y una bolsa para ponérselo en la frente.

—¿Quiere que me quede mientras va usted a la farmacia?

Martin estuvo a punto de rechazar el ofrecimiento, pero luego se resignó.

Se puso un abrigo, se alejó gesticulando, trágico y grotesco, y regresó porque había olvidado el dinero.

Maigret no obraba con segunda intención quedándose en el piso. No se interesó por nada, no abrió cajón alguno, ni siquiera examinó el montón de correspondencia que había sobre un mueble.

Oía la respiración irregular de la enferma, que exhalaba de vez en cuando un largo suspiro y luego balbuceaba sílabas confusas.

Cuando Monsieur Martin llegó, se la encontró como la había dejado.

—¿Ha conseguido usted todo lo que necesita?

—Sí. ¡Qué horror! ¡Y no he podido avisar a la oficina!

Maigret le ayudó a machacar el hielo y a introducirlo en la bolsa de goma roja.

—Perdone, pero ¿no han recibido ninguna visita esta mañana?

—No, a nadie.

—¿Han recibido alguna carta?

—Nada, folletos.

Madame Martin tenía la frente empapada en sudor y el cabello, grisáceo, pegado a las sienes. Pero los ojos conservaban una extraordinaria viveza. ¿Reconocieron a Maigret, que sostenía la bolsa sobre la cabeza de la enferma?

Habría sido imposible decirlo. Pero ella parecía un poco más tranquila. Con la bolsa roja pegada a la frente, permaneció inmóvil, la mirada fija en el techo.

El comisario se llevó a Monsieur Martin al comedor.

—Debo comunicarle varias noticias.

—Ah —dijo el otro, mientras le recorría un escalofrío de inquietud.

—Ha aparecido el testamento de Couchet. Deja un tercio de su fortuna a su esposa, Monsieur Martin.

—¿Cómo? —El funcionario se agitó, estupefacto, conmovido por la

noticia—. ¿Dice usted que nos deja...?

—... un tercio de su fortuna, sí. Probablemente no será fácil conseguirlo. Sin duda su segunda mujer se opondrá porque ella hereda a su vez sólo un tercio. El tercer tercio le corresponde a otra persona, la última amante de Couchet, una tal Nine.

¿Por qué parecía Martin consternado? Más que consternado, ¡aterrado! Como paralizado. Miraba con fijeza al techo, incapaz de reaccionar.

—La otra noticia es menos buena. Se trata de su hijastro.

—¿Roger?

—Se ha suicidado esta mañana arrojándose por la ventana de su habitación, en el hotel de la Rue Pigalle.

De pronto, el insignificante Martin se envalentonó, lo miró iracundo, rabioso, y vociferó:

—¿Qué está usted contándome? Quiere que me vuelva loco, ¿verdad? Confiese que todo esto es un truco para hacerme hablar.

—Baje la voz. Su mujer...

—¡Me da igual! Miente usted, no es posible.

Estaba irreconocible. De pronto había perdido toda su timidez, esa buena educación que tanto le agradaba mostrar.

Resultaba curioso ver su rostro descompuesto, los labios temblorosos, las manos moviéndose en el vacío.

—Le juro —insistió Maigret— que esas dos noticias son oficiales.

—Pero ¿por qué tuvo el chico que hacer eso? No, si ya le decía yo que es como para volverse loco. Pensándolo bien, eso mismo está ocurriendo: mi mujer está volviéndose loca, ya la ha visto usted. Y, a este paso, también yo enloqueceré. ¡Todos nos volveremos locos! —Su mirada había cobrado una movilidad enfermiza. Había perdido todo control de sí mismo—. Su hijo se tira por la ventana. Y el testamento...

Todo su semblante estaba crispado, y de pronto le sobrevino un ataque de llanto, trágico, cómico, odioso.

—Le ruego que se calme.

—¡Una vida entera, treinta y dos años, cada día a las nueve, ni una sola amonestación! Todo para...

—Por favor, piense que su mujer está oyéndole, y se encuentra muy

enferma.

—¿Y yo? ¿Cree usted que yo no estoy enfermo? ¿Cree que soportaré mucho tiempo semejante vida?

No parecía un hombre dado a llorar, lo que hacía que sus lágrimas resultaran más conmovedoras.

—Usted nada tiene que ver, ¿verdad? Sólo era su hijastro. No es usted responsable.

Martin miró al comisario, súbitamente apaciguado, pero no por mucho tiempo.

—No soy responsable... —Se encolerizó—. Sin embargo, todos los problemas recaen sobre mí. Usted viene a contar sus historias aquí. En la escalera, los vecinos me ponen mala cara; apuesto a que sospechan que yo he matado a Couchet, como lo oye. Además, ¿quién me demuestra que no sospecha usted también de mí? A ver, ¿qué ha venido a hacer aquí? ¡Ajá! ¡No contesta! ¡No se atreve a contestar! Eligen al más débil, a un hombre incapaz de defenderse. Y mi mujer, enferma. Y... —Al gesticular, empujó con el codo el aparato de radio, que se tambaleó y se desplomó al suelo con estrépito de lámparas rotas. Reapareció entonces el pequeño funcionario—: ¡Una radio de mil doscientos francos! ¡Tres años esperé para comprármela!

Llegó un gemido de la habitación contigua. Monsieur Martin aguzó el oído, pero no se movió.

—Tal vez su mujer necesite algo.

Maigret se acercó al cuarto. Madame Martin seguía acostada. El comisario se topó con su mirada, y fue incapaz de decir si la mirada traslucía una inteligencia aguda o si estaba enturbiada por la fiebre.

La mujer no intentó hablar. Le dejó marchar.

En el comedor, vio a Martin con los codos apoyados sobre una cómoda, la cabeza entre las manos y la mirada fija en el empapelado de la pared, a escasos centímetros de su rostro.

—¿Por qué se habrá suicidado?

—Suponga, por ejemplo, que él hubiera sido...

Silencio. Un chisporroteo. Fuerte olor a quemado. Monsieur Martin no se daba ni cuenta.

—¿Hay algo en el fuego? —preguntó Maigret.

Entró en la cocina, que estaba azul de vapor. En el hornillo de gas, encontró un cazo con leche cuyo contenido se había derramado, apagando el fuego y con peligro de provocar una explosión. Cerró el paso del gas del aparato y abrió la ventana; por ésta divisó el patio del edificio, el laboratorio de los sueros del doctor Rivière y el coche del director del laboratorio aparcado al pie de la escalinata. Llegaba hasta allí el teclear de las máquinas de escribir en las oficinas.

Maigret no se entretenía porque sí. Quería dar tiempo a que Monsieur Martin se calmara, e incluso recobrar el aplomo. Llenó lentamente la pipa y prendió el tabaco con un encendedor que colgaba sobre el hornillo.

Cuando regresó al comedor, el hombre no se había movido, pero sí apaciguado. Se incorporó suspirando, buscó un pañuelo, se sonó con estrépito.

—Todo esto acabará mal, ¿verdad? —empezó a decir.

—Ya ha habido dos muertos —contestó Maigret.

—Dos muertos...

Un esfuerzo. Un esfuerzo que debió de ser desgarrador, ya que Martin, que estaba a punto de perder la calma de nuevo, logró dominar sus nervios.

—En ese caso, creo que lo mejor...

—¿Lo... mejor?

El comisario apenas se atrevía a hablar. Contenía la respiración. Tenía el corazón en un puño, pues se sentía muy cerca de la verdad.

—Sí —masculló Martin para sí—. Tanto da. Es ineludible, i-ne-lu-di-ble.

Caminó maquinalmente hasta la puerta abierta del dormitorio; echó una ojeada a la habitación.

Maigret, inmóvil, silencioso, seguía a la espera.

Martin no dijo nada ni se oyó la voz de su mujer. Pero algo debió de ocurrir.

La situación se eternizó. El comisario empezó a impacientarse.

—¿Y bien?

El hombre se volvió lentamente hacia él con el rostro cambiado.

—¿Qué?

—Decía usted que...

Martin intentó sonreír.

—¿El qué?

—Que lo mejor, para evitar nuevas tragedias...

—¿Qué era lo mejor? —Se pasó una mano por la frente, como quien realiza un gran esfuerzo para recordar—. Perdóneme. Estoy tan trastornado...

—... que se le ha olvidado lo que iba a decir, ¿verdad?

—Sí. Ya no sé... ¡Fíjese, duerma!

Señalaba a Madame Martin, que había cerrado los ojos y cuyo rostro había enrojecido, sin duda debido al hielo que le habían aplicado en la frente.

—¿Qué sabe usted? —inquirió Maigret con el tono que se adopta para interrogar a un detenido demasiado hábil.

—¿Yo?

A partir de ese momento, todas las respuestas fueron de ese calibre. Monsieur Martin decidió jugar a «hacerse el tonto»: repetir una palabra con extrañeza.

—Estaba usted a punto de contarme la verdad.

—¿La verdad?

—Vamos, no intente hacerse pasar por idiota. Usted sabe quién ha matado a Couchet.

—¿Yo? ¿Que yo sé...?

Si no había recibido jamás una bofetada, estuvo en un tris de recibir una, y magistral, de manos de Maigret.

Éste, con las mandíbulas contraídas, miraba a la mujer inmóvil, que dormía o fingía dormir, y después al buen hombre, cuyos párpados estaban aún hinchados, las facciones descompuestas por el ataque precedente, el bigote caído.

—¿Asume usted la responsabilidad de lo que pueda ocurrir?

—¿Qué puede ocurrir?

—Hace usted mal, Martin.

—Hago mal, ¿en qué?

¿Qué había sucedido? Durante un minuto quizás, el hombre que iba a hablar había permanecido entre ambas habitaciones, con los ojos clavados en el lecho de su mujer. Maigret nada había oído. Monsieur Martin no se había movido.

Ahora la mujer dormía. ¡Fingía inocencia!

—Perdóneme, creo que a veces se me va la cabeza. Reconozca que, por menos de esto, cualquiera se vuelve loco.

Pese a todo, seguía triste, incluso lúgubre. Tenía la actitud de un condenado. Su mirada rehuyó el rostro de Maigret, revoloteó sobre los objetos familiares, se aferró por fin al aparato de radio, y el hombre procedió a recoger los fragmentos, acuclillado, de espaldas al comisario.

—¿A qué hora vendrá el médico?

—No lo sé. Ha dicho, textualmente: «Esta noche».

Maigret salió dando un portazo. En el pasillo se topó con la vieja Mathilde, pillándola tan desprevenida que la mujer se quedó clavada, boquiabierta.

—Usted tampoco tiene nada que decirme, ¿eh? Imagino que también alegrará que no sabe nada.

La mujer trataba de recobrar el aplomo. Y ocultaba las dos manos debajo del delantal, en pose de vieja ama de casa.

—Vamos a su casa.

La vieja deslizó sus zapatillas de fieltro por el parquet y dudó en empujar la puerta entreabierta.

—¡Venga! Pase usted —ordenó a la vieja. Y entró a su vez; cerró la puerta de una patada y no dirigió una sola mirada a la loca, que estaba sentada delante de la ventana—. Ahora hable, ¿entendido?

Y se dejó caer con todo su peso en una silla.

Cobrar una pensión

—Para empezar, le diré que se pelean continuamente.

Maigret no chistó. Se había hundido hasta el cuello en toda esa porquería cotidiana, más repugnante que el asesinato en sí.

La vieja, frente a él, mostraba una terrible expresión de júbilo y de amenaza. Hablaba. Y seguiría hablando. Por odio a los Martin, al muerto, a todos los vecinos de la casa, a la humanidad entera. Y por odio a Maigret.

Mathilde se había quedado de pie, con las manos juntas sobre el blando barrigón, y parecía que hubiera esperado ese momento toda su vida.

En sus labios no flotaba una sonrisa, no: era un derretirse de pura satisfacción.

—Para empezar, se pelean continuamente. —Disponía de mucho tiempo. Destilaba las frases. Se deleitaba expresando su desprecio hacia la gente que se pelea—. Peor que verduleras. Y eso desde siempre. Es más: me pregunto cómo él no la ha matado todavía.

—¡Ah!, ¿se esperaba usted que...?

—Cuando se vive en una casa como ésta, una se espera cualquier cosa.

Controlaba su entonación. ¿Resultaba más odiosa que ridícula o más ridícula que odiosa?

La habitación era grande. Había una cama deshecha, con sábanas grises que nunca debían de haber puesto a secar al aire libre. Una mesa, un armario viejo, un hornillo.

En un sillón, la loca miraba al frente esgrimiendo una leve sonrisa enternecida.

—Perdón. ¿Reciben alguna vez visitas? —preguntó el comisario.

—¡Nunca!

—Y su hermana, ¿no sale de aquí?

—A veces se escapa a la escalera.

Desalentadora mediocridad. Olor a pobreza mugrienta, a vejez, ¿o tal vez olor a muerte?

—Eso sí, la que ataca siempre es la mujer.

Maigret apenas se sentía con fuerzas para interrogarla. La miraba vagamente. Escuchaba.

—Por asuntos de dinero, claro. No por mujeres. Aunque, una vez, ella, al hacer las cuentas, sospechó que él había estado en una casa de ésas y le montó una buena escena.

—¿Le pega?

Maigret hablaba sin ironía. La suposición no era especialmente descabellada. Se movía entre tantas inverosimilitudes que a esas alturas nada podía resultarle sorprendente.

—No sé si ella le pega, pero sí que rompe platos. Y luego llora y se queja de que nunca podrá tener un hogar decente.

—En resumen, que casi cada día se producen broncas parecidas.

—No grandes broncas, pero sí reproches. Dos o tres escenitas por semana.

—Menudo trabajo para usted, ¿no?

Ella, no muy segura de haber entendido bien, lo miró con un asomo de inquietud.

—¿Qué le reprocha con más frecuencia?

—Cosas como: «Cuando uno no puede alimentar a una mujer, no se casa», «No se engaña a una mujer haciéndole creer que te van a subir el sueldo cuando no es verdad», «¿Cómo te has atrevido a quitarle la mujer a un hombre como Couchet, capaz de ganar millones?», «Los funcionarios son unos cobardes; uno ha de trabajar por cuenta propia, amar el peligro, tener iniciativa, si quiere llegar a ser algo».

Pobre Monsieur Martin, con sus guantes, su abrigo beige, su bigote engominado. Maigret podía imaginar todas las frases que su mujer arrojaba sobre él, en lluvia fina o en chaparrón.

Y su marido había hecho cuanto había podido. Antes que él, Monsieur Couchet habría recibido los mismos reproches. Y debió de escuchar: «¡Mira a Monsieur Martin! Ése sí es inteligente. Sabe que, a lo mejor, algún día tendrá una esposa. Y ella cobrará una pensión si a él le ocurriese algo. Mientras que tú...».

Todo parecía una broma siniestra. Madame Martin se había engañado a sí misma, había sido engañada, había engañado a todo el mundo.

Había un espantoso error de base.

La hija del confitero de Meaux quería dinero. De eso no cabía duda. Era una necesidad. Lo sentía. Había nacido para tener dinero, y, por tanto, su marido debía ganarlo.

¿Que Couchet no ganaba bastante? ¿Que no le dejaría una pensión si se moría? Asunto zanjado: se casaría con Martin.

Sin embargo, el que se enriqueció fue Couchet, cuando ya era demasiado tarde. Y no había manera de espabilar a Martin, de convencerle para que abandonara Registros y se pusiese a vender sueros o algo que diese dinero.

¡Era desdichada! Siempre lo había sido. La vida disfrutaba engañándola de manera odiosa.

Los ojos glaucos de la vieja Mathilde, glaucos como medusas, estaban clavados en Maigret.

—¿Iba a verla su hijo?

—A veces.

—¿También a él le reñía?

Se hubiera dicho que la vieja llevaba años esperando ese instante. No tenía prisa alguna. Disponía de todo el tiempo del mundo.

—Le daba consejos: «Mira, tu padre es rico. Vergüenza debería darle no haberte ofrecido un buen puesto. Tú no tienes siquiera un coche. ¿Y sabes por qué? Por culpa de esa mujer, que se casó con él por su dinero. Sí, por dinero, y no por otra cosa. Además, Dios sabe lo que esa mujer ha maquinado para más adelante. ¿Llegarás a cobrar algo de la fortuna que te corresponde? Por todo eso, te digo que deberías sacarle dinero ahora, y guardarlo en lugar seguro. Yo te lo guardaré, si quieres. Dime, ¿quieres que te lo guarde?».

Y Maigret observaba el suelo sucio y meditaba con el ceño fruncido.

Creía reconocer, en esa mezcla de sentimientos, uno dominante, que

quizá se había impuesto sobre todos los demás: ¡la desazón! Una desazón mórbida, enfermiza, rayana en la locura.

Madame Martin hablaba siempre de lo que podía ocurrir: la muerte del marido, la miseria si no le dejaban una pensión... ¡Pasaba miedo por su hijo!

Era una pesadilla, una obsesión.

—¿Qué contestaba Roger?

—Nada. Nunca se quedaba mucho rato. Tendría algo mejor que hacer fuera, digo yo.

—¿Estuvo aquí el día del asesinato?

—No lo sé.

La loca, en su rincón, tan vieja como Mathilde, seguía mirando al comisario con afable sonrisa.

—Esa noche, ¿tuvieron los Martin una conversación más interesante de lo habitual?

—No lo sé.

—¿Bajó Madame Martin a la calle hacia las ocho de la noche?

—No me acuerdo. No puedo pasarme el día en el rellano.

¿Era inconsciencia, ironía lúcida? Fuera como fuese, la mujer se reservaba algo. Maigret lo notaba. ¡No había salido todo el pus!

—Por la noche discutieron.

—¿Por qué motivo?

—No lo sé.

—¿No fue a escuchar usted?

No contestó. Su expresión venía a decir: «Eso es cosa mía».

—¿Qué más sabe usted?

—Sé por qué está enferma.

¡Ése era el triunfo! Las manos le temblaban, siempre pegadas al vientre. ¡El punto culminante de toda una carrera!

—¿Por qué?

La cosa exigía ser paladeada.

—Porque... Déjeme que le pregunte a mi hermana si necesita algo. Fanny, ¿tienes sed? ¿Hambre? ¿Mucho calor?

La estufilla de hierro colado estaba al rojo vivo. La vieja Mathilde flotaba por la habitación, deslizándose sobre sus suelas de fieltro, que no hacían el

menor ruido.

—¿Por qué?

—¡Porque él regresó sin el dinero!

Tras deletrear esta frase, guardó un silencio definitivo. Se había acabado. Renunciaba a hablar. Ya había dicho bastante.

—¿Qué dinero?

Fue en vano. No contestó a nada más.

—No es asunto mío. Sólo oí eso. Utilice esa información como quiera. Ahora tengo que ocuparme de mi hermana.

Maigret se marchó, dejando a las dos hermanas entregadas a Dios sabe qué cuidados.

La incógnita le ponía enfermo. Incluso tenía el estómago revuelto, como si viajara a bordo de un barco y sufriera mareos.

«Él regresó sin el dinero».

¿Tenía eso alguna explicación? Monsieur Martin se decidía a robar al primer marido, acaso para no volver a oír cómo le reprochaban su mediocridad. Ella lo veía por la ventana. Monsieur Martin salía con los trescientos sesenta billetes.

Sólo que, a la vuelta, ya no los tenía. ¿Los había dejado en lugar seguro? ¿Había sido, a su vez, víctima de un robo? ¿O le había entrado miedo y se había desembarazado del dinero arrojándolo al Sena?

¿Había matado él a Couchet? ¿Él, el mediocre e insignificante Monsieur Martin del abrigo beige claro?

Hacía un rato había querido hablar. Su cansancio era realmente propio de un hombre culpable que no se siente ya con fuerzas para callar, que prefiere la cárcel inmediata a la angustia de la espera.

Pero ¿por qué era su mujer la que se ponía enferma?

Y, sobre todo, ¿por qué era Roger quien se suicidaba?

¿No sería todo esto producto de la imaginación de Maigret? ¿Por qué no sospechar de Nine, o de Madame Couchet, o incluso del coronel?

El comisario, que bajaba lentamente la escalera, tropezó con Monsieur de Saint-Marc, que se volvió.

—¡Hombre! Es usted. —Y le tendió una mano condescendiente—. ¿Alguna novedad? ¿Cree usted que se aclarará?

Arriba se oyó el grito de la loca, a quien su hermana debía de haber abandonado para apostarse tras alguna puerta.

Un hermoso entierro. Mucha gente. Gente de postín. Sobre todo la familia de Madame Couchet y los vecinos del Boulevard Haussmann.

En la primera fila, la única que desentonaba era la hermana de Monsieur Couchet, pese a que había hecho lo imposible por aparecer elegante. Lloraba. Llamaba la atención por su modo ruidoso de sonarse, que le valía cada vez una mirada irritada de la suegra del difunto.

Inmediatamente detrás de la familia, el personal de los laboratorios.

Y, con los empleados, la vieja Mathilde, muy digna, segura de sí misma y de su derecho a estar allí. El vestido negro que llevaba debía de ponérselo sólo en esas ocasiones: los entierros. Su mirada se cruzó con la de Maigret. Y se dignó hacerle una leve inclinación de cabeza.

Se dejaron oír los sonos del órgano, el bajo del chantre, el falsete del sacerdote:

—*Et ne nos inducas in tentationem...*

Rumor de sillas. El catafalco estaba alto, y sin embargo desaparecía bajo montañas de flores y coronas.

«Los vecinos de la Place des Vosges, 61».

Mathilde había debido de contribuir con su parte. ¿Habrían colaborado también los Martin en la colecta?

No se veía a Madame Martin. Estaba aún en cama.

—*Libera nos, domine...*

La absolución. Fin de la misa. El maestro de ceremonias dirigía lentamente la cabeza del cortejo. En un rincón, junto a un confesionario, Maigret descubrió a Nine, con la naricilla muy colorada, sin que se le ocurriese retocársela con la borla.

—Terrible, ¿verdad? —dijo.

—¿Qué es lo terrible?

—¡Todo! No sé, esa música, ese olor a crisantemos. —Se mordía el labio inferior para contener un sollozo—. ¿Sabe?, he estado pensando mucho en todo esto. Bueno, pues a ratos creo que él se daba cuenta de algo...

—¿Va usted al cementerio?

—¿Qué opina usted? Podrían verme, ¿verdad? Creo que será mejor que no vaya, pero me gustaría tanto saber dónde lo ponen...

—No tiene más que preguntárselo al guarda.

—Es verdad.

Cuchicheaban. Al otro lado de la puerta se apagaban los pasos de los últimos asistentes. Algunos coches se ponían ya en marcha.

—¿Dice usted que se daba cuenta?

—Quizá no de que moriría de ese modo. Pero sabía que le quedaba poco tiempo de vida. Tenía una enfermedad de corazón bastante grave. —Se notaba que esa idea la angustiaba, que se había pasado horas y horas dándole vueltas—. Decía palabras que ahora me vuelven a la cabeza.

—¿Tenía miedo?

—No. Más bien al revés. Cuando por casualidad se mencionaba el cementerio en la conversación, replicaba riéndose: «El único sitio en que se está tranquilo: un agradable rinconcillo en el cementerio Père-Lachaise».

—¿Solía bromear?

—Sobre todo cuando no estaba alegre, ¿entiende? No le gustaba dejar traslucir que tenía preocupaciones, y en esos momentos buscaba cualquier motivo para moverse, para reír.

—Cuando hablaba de su primera mujer, por ejemplo.

—Nunca me hablaba de ella.

—¿Y de la segunda?

—No, no hablaba de nadie en particular. Hablaba de las personas en general; las consideraba curiosos animalillos. Si el camarero de un restaurante le cobraba de más, lo miraba con más afecto que a los otros. «Un pillo», decía. Y pronunciaba esta palabra con cara divertida, contento.

Hacía frío. Un tiempo propio de Todos los Santos. A Maigret y a Nine no se les había perdido nada por ese barrio, el de Saint-Philippe-du-Roule.

—¿Todo bien por el Moulin-Bleu?

—Bien.

—Pasaré a saludarla cualquier noche de éstas.

Maigret le estrechó la mano y saltó a la plataforma de un autobús.

Necesitaba estar solo, pensar, dejar vagar su mente. Imaginaba el cortejo,

que no tardaría en llegar al cementerio: Madame Couchet, el coronel, el hermano, la gente hablando del extraño testamento...

«¿Qué diablos tramaban con las basuras?».

Pues ahí estaba la clave del drama. Martin había merodeado por los cubos de basura con el pretexto de buscar un guante que no había encontrado y que, sin embargo, llevaba a la mañana siguiente. Madame Martin había hurgado a su vez en las basuras, aduciendo una cucharilla de plata caída por descuido.

«Porque él regresó sin el dinero», había dicho la vieja Mathilde.

Alegre estaría en esos momentos la Place des Vosges. A buen seguro que la loca, a la que habían dejado sola, andaría gritando, como de costumbre.

El autobús, atestado, se pasaba de largo las paradas. Un hombre, arrimado a Maigret, le decía a su vecino:

—¿Has leído lo de los billetes de mil?

—No. ¿Qué ha pasado?

—Ya me hubiera gustado estar allí. En la presa de Bourgival, anteayer por la mañana, un montón de billetes de mil flotaba arrastrado por la corriente. El primero que los vio fue un marinero que consiguió pescar unos cuantos. Pero el esclusero, que se dio cuenta, mandó avisar a la policía. Y en seguida apostaron a un agente para vigilar a los pescadores de billetes.

—¡No me digas! De todas formas, algunos habrán escamoteado.

—Dice el periódico que han aparecido unos treinta billetes, pero que debía de haber muchos más, porque incluso en Mantes pescaron dos. ¿Te lo imaginas? Billetes nadando por el Sena... ¡Mejor que el gobio!

Maigret no chistaba. Les sacaba una cabeza a los demás viajeros del autobús. Su rostro era plácido.

«... porque él regresó sin el dinero...».

Así pues, ¿era eso? ¿El insignificante Monsieur Martin, atenazado por el miedo o los remordimientos al recordar su crimen? ¡Monsieur Martin, que confesaba haber paseado aquella noche por la Île Saint-Louis para que se le despejase el dolor de cabeza!

Maigret no pudo por menos que esbozar una sonrisa, porque se imaginaba a Madame Martin, que lo había visto todo desde su ventana, esperando.

Su marido regresaba, cansado, abatido. La mujer espiaba sus actos y gestos. Esperaba ver los billetes, quizá contarlos.

Él se desnudaba. Se disponía a acostarse.

Ella ordenaba su ropa para hurgarle en los bolsillos.

Nacía la inquietud. Miraba a Martin y sus lúgubres bigotes.

«¿Y el..., el dinero?».

«¿Qué dinero?».

«¿A quién se lo has dado? ¡Contesta! Y no se te ocurra mentir, ¿eh?».

Y Maigret, al bajar del autobús en el Pont-Neuf, desde donde se divisaban las ventanas de su despacho, se sorprendió diciendo a media voz:

—Apuesto a que Monsieur Martin lloró en la cama.

La documentación

La cosa empezó en Jeumont. Eran las once de la noche. Algunos viajeros de tercera se dirigían hacia los locales de la aduana, en tanto que los aduaneros iniciaban la inspección de los vagones de segunda y de primera clase.

Gente minuciosa preparaba la maleta con anticipación, extendía objetos sobre el asiento. Era el caso de un hombre de ojos inquietos, en un compartimento de segunda, que viajaba con un matrimonio de ancianos belgas.

Su equipaje constituía todo un modelo de orden y previsión. Para evitar que se ensuciasen las camisas, las habían envuelto en periódicos. Había doce pares de puños, calzoncillos largos y de verano, un despertador, zapatos y un par de zapatillas gastadas.

En la distribución de las prendas se intuía la mano de una mujer. No quedaba un hueco desaprovechado. Nada podía arrugarse. Un aduanero removía aquellas cosas con mano indolente, observando al hombre del abrigo beige claro, que tenía claramente el aspecto de ser el dueño de tales maletas.

—¡Conforme!

Una cruz con tiza en el equipaje.

—Ustedes dos, ¿tienen algo que declarar?

—Perdone —preguntó el hombre de las maletas—. ¿Dónde comienza exactamente Bélgica?

—¿Ve usted el primer seto, allá? ¡No! No ve usted nada. Pero mire. Cuente los faroles. El tercero a la izquierda, ahí está la frontera.

Una voz en el pasillo repetía ante cada puerta:

—Preparen los pasaportes, ¡documentación!

Y el hombre del abrigo beige claro volvió a subir con esfuerzo las maletas a la red de equipajes.

—¿Pasaporte?

El hombre se giró y vio a un joven con sombrero gris.

—¿Francés? Entonces, su carnet de identidad.

—Aquí tiene.

—Bien. Martin, Edgar-Emile... ¡Exacto! Sígame.

—¿Adónde?

—Puede usted llevar sus maletas consigo.

—Pero... el tren...

Los dos belgas lo miraban ahora con espanto, aunque halagados por haber viajado con un malhechor. Martin, con los ojos desencajados, se subió al asiento para bajar su equipaje.

—Le juro... Pero ¿qué...?

—Dése prisa, el tren va a salir.

Y el joven del sombrero gris arrastró la maleta más pesada hasta el andén. Reinaba una total oscuridad. En el cerco luminoso de los faroles, corrían viajeros que volvían de la cantina. Toque de silbato. Una mujer discutía con los aduaneros porque no la dejaban marchar.

—Mañana por la mañana ya veremos.

Y Martin seguía al joven bregando con sus maletas. Jamás había imaginado un andén tan largo. Era una auténtica pista, interminable, desierta, jalonada de misteriosas puertas.

Por fin el joven abrió la última.

—Pase.

Estaba oscuro. Tan sólo había una lámpara de pantalla verde, colgada tan baja, sobre la mesa, que iluminaba únicamente unos cuantos papeles. Con todo, algo se movía en el fondo de la habitación.

—¿Qué tal, Monsieur Martin? —dijo una voz cordial.

Y una enorme silueta se recortó en la oscuridad: el comisario Maigret, embutido en su pesado abrigo con cuello de terciopelo, las manos en los bolsillos.

—No, no se quite el abrigo. Tomaremos el tren de París, que llegará por

el tercer andén.

Ahora ya no cabía duda. Martin lloraba en silencio, con las manos inmovilizadas por sus maletas, tan bien ordenadas.

El inspector que montaba guardia en el número 61 de la Place des Vosges había telefonado a Maigret unas horas antes:

«Nuestro hombre se escapa. Ha tomado un taxi y se dirige a la Gare du Nord».

«Déjelo ir. Siga vigilando a la mujer».

Maigret había subido al mismo tren que Monsieur Martin. Se había instalado en el compartimento contiguo, con dos suboficiales que se habían pasado el viaje contando anécdotas subidas de tono.

De vez en cuando el comisario pegaba el ojo a la pequeña mirilla que separaba los compartimentos y veía a un Martin lúgubre.

Jeumont, documentación, despacho del comisario especial.

Ahora regresaban ambos a París en un compartimento reservado. Monsieur Martin no iba esposado. Sus maletas estaban en la red, encima de su cabeza, y una de ellas, mal colocada, amenazaba con caerle encima.

En Maubeuge, Maigret no había hecho todavía una sola pregunta.

¡Resultaba obsesionante! Estaba arrellanado en un rincón, con la pipa entre los dientes. No paraba de fumar, mientras miraba a su compañero de viaje con ojos divertidos.

En diez, en veinte ocasiones, Monsieur Martin había abierto la boca sin decidirse a hablar. Otras tantas, el comisario no le había prestado atención.

Con todo, acabó ocurriendo: se oyó una voz indescriptible, tanto que seguramente ni Madame Martin la habría reconocido.

—He sido yo.

Maigret continuaba sin chistar. Sus ojos parecían decir: «¿De veras?».

—Que..., quería cruzar la frontera.

Hay un modo de fumar que resulta enervante para quien contempla al fumador: a cada bocanada, los labios se entreabren de manera voluptuosa, haciendo un pequeño «poc». Y el humo no es expulsado hacia delante, sino que escapa con lentitud, formando una nube en torno al rostro.

Así fumaba Maigret, y su cabeza se bamboleaba de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, al ritmo de los bogíes.

Monsieur Martin se inclinaba, las manos doloridas en los guantes, los ojos febriles.

—¿Cree usted que todo esto durará mucho? No, ¿verdad? Si confieso... Porque lo confieso todo, ¿eh?

¿Cómo hacía para no echarse a llorar? Debían de dolerle atrocemente todas las articulaciones nerviosas. Y sus ojos, que en ocasiones se volvían suplicantes, decían claramente a Maigret: «Ayúdeme. Ya no puedo más».

Pero el comisario no se movía. Permanecía plácido, con la mirada curiosa pero carente de pasión, como ante la jaula de un animal exótico en un zoo.

—Couchet me sorprendió. Así que...

Y Maigret suspiró. El suspiro nada quería decir, o más bien podía ser interpretado de cien maneras distintas.

Saint-Quentin. Pasos en el corredor. Un viajero gordo intentó abrir la puerta del compartimento, advirtió que estaba cerrada, permaneció un instante mirando hacia el interior, pegando la nariz al cristal, y se resignó por fin a buscar asiento en otro compartimento.

—Porque lo confieso todo, sí. Es inútil negar...

Exactamente como si hablara a un sordo, o a un hombre que no comprende ni una palabra de francés. Maigret llenaba la pipa con minuciosos toques del índice.

—¿Tiene usted fósforos?

—No, no fumo. Ya lo sabe usted. A mi mujer no le gusta el olor a tabaco. Me gustaría que se acabara todo muy rápido, ¿comprende? Se lo diré al abogado que nombre. No quiero complicaciones. Lo confieso todo. He leído en el periódico que han encontrado una parte de los billetes. No sé por qué hice eso. En la calle, al notarlos en mi bolsillo, me pareció que todo el mundo me miraba. Primero pensé en esconderlos en algún sitio, pero ¿para qué? Caminé por el muelle. Había chalanas, y me daba miedo que me viera algún marinero. Entonces crucé el Pont Marie y, en la Île Saint-Louis, pude librarme de mi paquete.

En el compartimento, la calefacción estaba al máximo. El vaho chorreaba por los cristales. El humo de la pipa se estiraba en torno a la lámpara.

—Debí contárselo todo la primera vez que le vi. No me atreví. Esperaba que...

Monsieur Martin calló, miró con curiosidad a su compañero, que había entreabierto la boca y cerrado los ojos. Una respiración regular, como el ronroneo de un enorme gato satisfecho.

¡Maigret dormía!

El otro dirigió una mirada a la portezuela: bastaba empujarla... Como para escapar a la tentación, se aovilló en un rincón, apretando el trasero, con las manos miedosas sobre las escuálidas rodillas.

Gare du Nord. Una mañana gris. Y la multitud procedente de los suburbios, medio dormida, atravesaba las puertas como un rebaño.

El tren se había detenido muy lejos del vestíbulo. Las maletas pesaban mucho. Martin no quería pararse. Estaba sin resuello y le dolían los brazos.

Tuvieron que esperar un taxi durante bastante rato.

—¿Me lleva a la cárcel?

Habían viajado cinco horas en tren, y Maigret no había pronunciado ni diez frases. Además, las frases no guardaban relación con el crimen ni con los trescientos sesenta mil francos. Hablaba de su pipa, o del calor, o de la hora de llegada.

—Place des Vosges, número sesenta y uno —dijo al taxista.

—¿Cree usted que es necesario...? —preguntó Monsieur Martin con voz suplicante. Y añadió para sí mismo—: ¿Qué pensarán en la oficina? No he tenido tiempo de avisarles.

La portera ordenaba el correo en la portería: un paquetón de cartas para los laboratorios; un montoncito para el resto de los vecinos.

—¡Monsieur Martin! ¡Monsieur Martin! Han venido del Registro preguntando si estaba usted enfermo. Parece ser que tiene usted la llave de...

Maigret tiró de su compañero. Y éste tuvo que acarrear las pesadas maletas por la escalera, en la que se veían botellas de leche y pan tierno delante de las puertas.

La de la vieja Mathilde se movió.

—Déme la llave.

—Pero...

—Abra usted mismo.

Un profundo silencio. Rechinar del pestillo. El comedor estaba en orden y cada objeto ocupaba su sitio exacto.

Monsieur Martin dudó largo rato antes de decir en voz alta:

—¡Soy yo!... Y el comisario.

Alguien se movió en la cama de la habitación contigua. Martin, que estaba cerrando la puerta, gimió:

—No debimos... Ella no tiene nada que ver, ¿comprende? Y en su estado... —No se atrevía a entrar en el dormitorio. Por hacer algo, alzó las maletas y las colocó sobre dos sillas—. ¿Quiere que prepare café?

Maigret llamó a la puerta del dormitorio.

—¿Se puede pasar?

No hubo respuesta. Abrió la puerta y recibió en pleno rostro la mirada fija de Madame Martin, que estaba echada, inmóvil, el cabello recogido con horquillas.

—Disculpe que la moleste. Le traigo a su marido, que ha cometido el error de perder la cabeza.

Monsieur Martin se hallaba detrás de él. Maigret lo notaba, pero no podía verlo.

Resonaron pasos en el patio, y voces, sobre todo voces de mujer: llegaba el personal de las oficinas y los laboratorios. Eran las nueve menos un minuto.

Un grito ahogado de la loca, al lado. Medicamentos sobre la mesilla de noche.

—¿Se encuentra usted peor?

Sabía perfectamente que la mujer no contestaría, que mantendría, costara lo que costase, la misma hosca reserva.

Parecía como si le diese miedo pronunciar una palabra, ¡una sola! Como si una palabra pudiera desencadenar catástrofes.

Había adelgazado. Tenía la tez más ajada. Pero los ojos, con aquellas extrañas pupilas grises, conservaban una vida propia, ardiente, voluntariosa.

Monsieur Martin entró en la habitación. Le flaqueaban las piernas. Parecía disculparse, pedir perdón con todo su cuerpo.

Los ojos grises se giraron lentamente hacia él, con tal dureza que el hombre volvió la cabeza balbuciendo:

—Ha sido en la estación de Jeumont. Un minuto más y llego a Bélgica.

Se hubieran necesitado palabras, frases, ruido para llenar el vacío que se advertía en torno a cada personaje. Un vacío que resultaba palpable, tanto que las voces resonaban como en un túnel o en una cueva.

Pero no se hablaba, a duras penas se articulaban unas sílabas, salpicadas de miradas ansiosas, y luego caía de nuevo, como una implacable niebla, el silencio.

Algo ocurría, pese a todo. Algo lento, solapado: una mano se deslizaba bajo la manta, trepaba con un imperceptible movimiento hasta la almohada.

Una mano, flaca y húmeda, de Madame Martin. Maigret, aunque miraba hacia otro lado, seguía sus progresos, esperando el momento en que la mano alcanzase por fin su meta.

—¿No tiene que venir el médico esta mañana?

—No lo sé. ¿Acaso se ocupa alguien de mí? ¡Soy como un animal al que se deja morir!

Pero la mirada se había iluminado porque la mano había tocado al fin el objeto codiciado.

Maigret dio un paso hacia delante y asió la muñeca de Madame Martin. Ésta parecía sin fuerzas, casi sin vida. No obstante, en cuestión de un segundo, dio prueba de una energía insospechada.

No quería soltar lo que tenía. Sentada en la cama, se defendía con inquina. Se llevó la mano a la boca. Desgarró con los dientes la hoja blanca que sujetaba.

—¡Suélteme! ¡Suélteme o grito! Y tú, ¿cómo le dejas que me maltrate?

—Señor comisario, se lo suplico... —gemía Monsieur Martin.

El marido aguzaba el oído. Temía que acudiesen los vecinos. No se atrevía a intervenir.

—¡Bruto! ¡Bruto asqueroso! ¡Pegarle a una mujer!

No. Maigret no la pegaba. Se limitaba a aferrarle la mano, oprimiendo quizá con cierta fuerza la muñeca para evitar que la mujer destruyera el papel.

—¿No le da vergüenza? Una mujer que se está muriendo...

Una mujer que desplegaba una energía como raramente había visto

Maigret en su carrera de policía. El sombrero hongo cayó sobre la cama. De súbito, Madame Martin mordió al comisario en la muñeca. Pero la mujer no podía mantener tanto tiempo los nervios en tensión, y Maigret consiguió abrirle los dedos, mientras ella lanzaba un gemido de dolor.

Ahora lloraba. Lloraba sin llorar, lloraba por despecho, por rabia, acaso también por adoptar una actitud.

—Y tú le has dejado...

La espalda de Maigret era demasiado ancha para la exigua habitación. Parecía llenar todo el espacio, interceptar la luz.

Se acercó a la chimenea, desplegó la hoja, cuyas puntas estaban rotas, y recorrió con los ojos un texto mecanografiado, con el siguiente encabezamiento:

«Abogados Laval y Piollet
Miembros del Colegio de Abogados de París
Consultas-Contenciosos»

A la derecha, en rojo, la mención: «Asunto Couchet y Martin. Consulta del 18 de noviembre».

Dos páginas de texto apretado, a un espacio. Maigret tan sólo leía fragmentos, a media voz, y se oía el teclear de las máquinas en las oficinas de los laboratorios.

«Ateniéndonos a la ley del...

»Habida cuenta de que el fallecimiento de Roger Couchet es posterior al de su padre... que ningún testamento puede despojar a un hijo legítimo de la parte que le corresponde... que el segundo matrimonio del testador con Mademoiselle Dormoy se celebró en régimen de comunidad de bienes... que el heredero natural de Roger Couchet es su madre... nos place confirmarle que tiene usted derecho a reclamar la mitad de la fortuna que ha dejado Raymond Couchet, tanto bienes muebles como inmuebles... que, según la información que hemos obtenido particularmente, valoramos, salvo error u omisión, en la cantidad de aproximadamente cinco millones, estimándose en esta evaluación la empresa conocida con el nombre de “Sueros del doctor Rivière” en un precio de tres millones...

»Nos hallamos a su entera disposición para todas las actas necesarias para la anulación del testamento y...

»Le confirmamos que de las cantidades así cobradas retendremos una comisión de un diez por ciento (10%) por gastos de...».

Madame Martin había dejado de llorar. Había vuelto a echarse y fijaba de nuevo su fría mirada en el techo.

Monsieur Martin seguía en el umbral de la puerta, más desconcertado que nunca, sin saber qué hacer con las manos, los ojos, con todo el cuerpo.

—Hay una posdata —murmuró para sí el comisario.

A la posdata la precedía la mención: «Estrictamente confidencial».

«Creemos saber que la primera beneficiaria, Madame Couchet, de soltera Dormoy, está dispuesta, por su parte, a impugnar el testamento.

»Nos hemos informado, asimismo, sobre la tercera beneficiaria, Nine Moinard. Es una mujer de costumbres equívocas que no ha iniciado todavía ninguna acción con objeto de reclamar sus derechos. Dado que se halla en la actualidad sin recursos, estimamos que lo más expeditivo sería ofrecerle una cantidad cualquiera a título de indemnización. Evaluamos dicha cantidad en veinte mil francos, lo que es susceptible de seducir a una persona en la situación de Mademoiselle Moinard.

»Esperamos su decisión a este respecto».

Maigret había dejado apagar la pipa. Dobló lentamente el papel y lo guardó en su billetero.

A su alrededor reinaba el silencio más absoluto. Monsieur Martin incluso contenía la respiración. Su mujer, en el lecho, con la mirada fija, parecía ya muerta.

—Dos millones quinientos mil francos —murmuró el comisario—, menos los veinte mil francos que quieren darle a Nine para que se avenga a razones... Claro que Madame Couchet pondrá sin duda la mitad.

Tuvo la certeza de que una sonrisa de triunfo, apenas esbozada, pero elocuente, se dibujaba en los labios de la mujer.

—¡Un buen pellizco! Dígame, Monsieur Martin...

Éste se estremeció e intentó ponerse a la defensiva.

—¿Cuánto cree usted que le caerá? No me refiero al dinero, me refiero a la condena. Robo, asesinato, puede que apliquen la agravante de premeditación. ¿Qué le parece? Descarte la absolucón, por supuesto, pues no se trata de un crimen pasional; si su mujer hubiera reanudado relaciones con su ex marido... pero no es el caso. Asunto de dinero, sólo de dinero. ¿Diez años, veinte años? ¿Quiere mi opinión? Tenga en cuenta que resulta imposible prever la decisión de los jurados populares. No obstante, hay precedentes. Y puede decirse que, por lo común, los miembros del jurado son indulgentes con los dramas de amor, pero se muestran en extremo severos con estos casos en los que sólo prima el interés. —Parecía que hablaba por hablar, para ganar tiempo—. Resulta comprensible: son pequeños burgueses, comerciantes; consideran que nada han de temer de unas amantes que no tienen o en las que confían, pero sí temen a los ladrones. ¿Veinte años? ¡Pues no! Yo me inclino por la pena de muerte.

Martin no se movía. Estaba ahora más lívido que su mujer. Tanto era así que tuvo que sujetarse al marco de la puerta.

—Eso sí, Madame Martin será rica. Está en la edad en que se sabe disfrutar de la vida y de la fortuna. —Se acercó a la ventana—. A no ser que esta ventana... Es el único problema. Seguro que alguien objetará que desde aquí podía verse todo. Todo, ¿me oyen? Y eso es grave, pues podría indicar complicidad. Y en el Código hay un pequeño texto que impide que el asesino, aun absuelto, herede de la víctima. No sólo el asesino; también los cómplices. Consideren, pues, la importancia que cobra esta ventana.

No lo rodeaba ya el silencio. Era algo más absoluto, más inquietante, casi irreal: una ausencia total de toda vida.

Y, bruscamente, una pregunta:

—Dígame, Monsieur Martin, ¿qué hizo usted con el revólver?

Un temblor de vida en el pasillo: la vieja Mathilde —no podía ser otra—, con su cara mofletuda, su barriga flácida bajo el delantal a cuadros.

La voz chillona de la portera, en el patio.

—¡Madame Martin! ¡Es Dufayel!

Maigret se sentó en una butaca que se tambaleó, pero no se rompió de inmediato.

El dibujo en la pared

—Conteste: ese revólver...

Siguió la mirada de Monsieur Martin y advirtió que Madame Martin, que continuaba con los ojos fijos en el techo, movía los dedos sobre la pared.

El pobre Martin hacía esfuerzos inauditos por comprender qué quería decir ella. Se impacientaba. Veía que Maigret esperaba.

—Lo...

¿Qué podía significar ese cuadrado o trapecio que esbozaba con su escuálido dedo?

—Hable.

En ese momento Maigret sintió auténtica lástima. El minuto debió de ser terrible. Monsieur Martin jadeaba de impaciencia.

—Lo tiré al Sena.

¡La suerte estaba echada! Mientras el comisario sacaba un revólver del bolsillo y lo colocaba sobre la mesa, Madame Martin se incorporó en la cama con rostro furibundo.

—Yo acabé encontrándolo en las basuras —dijo Maigret.

Entonces se oyó la voz silbante de la mujer, consumida por la fiebre.

—¡Ya está! ¿Entiendes ahora? ¿Estás contento? Has perdido la oportunidad, una vez más, como te ha ocurrido siempre. Parece que lo hayas hecho adrede, por miedo a ir a la cárcel. ¡Pero irás a la cárcel de todas maneras! ¡Porque tú robaste el dinero! ¡Trescientos sesenta billetes que «el señor» ha tirado al Sena!

Infundía terror. Se notaba que se había contenido demasiado. La

explosión resultó brutal. Y era tal su exaltación que se le atropellaban las palabras y se le trababa la lengua.

Monsieur Martin bajó la cabeza. Había concluido su papel. Como le reprochaba su mujer, había fracasado de manera lamentable.

—El señor se empeña en robar, pero se olvida el guante encima de la mesa.

Todos los reproches de Madame Martin iban a salir sin orden ni concierto, en batiburrillo.

Maigret oyó tras él la voz humilde del hombre del abrigo beige claro.

—Hacía meses que ella me señalaba el despacho de los laboratorios desde la ventana, y a Couchet, que tenía la costumbre de ir a los servicios. Y me reprochaba haber echado a perder su vida, ser incapaz de alimentar a una mujer. Al final, fui.

—¿Le dijo a su mujer que iba allí?

—No, pero ella lo sabía perfectamente. Estaba en la ventana.

—¿Y de lejos vio usted el guante que se olvidaba su marido, Madame Martin?

—¡Como si hubiera dejado su tarjeta! Parecía que lo hiciera para fastidiarme.

—Entonces agarró usted su revólver y se presentó allí, ¿no, Madame Martin? Couchet regresó y la pilló aún en el despacho. Creyó que usted le había robado el dinero.

—Quiso hacerme detener, sí. Eso quiso. Como si no se hubiera hecho rico gracias a mí. ¿Quién le cuidaba al principio, cuando no tenía ni para comprar pan y, menos aún, mantequilla? ¡Todos los hombres son iguales! Incluso llegó a reprocharme que viviera en el edificio en que él tenía su oficina. Me acusó de repartirme con mi hijo el dinero que él le daba.

—¿Y disparó usted?

—Él ya había descolgado el teléfono para llamar a la policía.

—Luego se dirigió usted a las basuras. Y con el pretexto de buscar una cucharilla, escondió el revólver en uno de los cubos. ¿A quién se encontró entonces?

—Al viejo idiota del primero —masculló ella con desdén.

—¿A nadie más? Yo creía que había venido su hijo. No le quedaba

dinero.

—¿Y qué?

—No venía a verla a usted, sino a su padre, ¿no es así? Pero usted no podía dejarle ir al despacho, porque habría descubierto el cadáver. Los dos se hallaban en el patio. ¿Qué le dijo a Roger?

—Que se marchase. Usted es incapaz de comprender el corazón de una madre.

—Roger se marchó. Su marido volvió. No comentaron para nada el asunto, ¿no? Martin pensaba en los billetes que había arrojado al Sena, porque en el fondo es un buen hombre.

—Un buen hombre —repitió Madame Martin con inesperada inquina—. ¡Ja, ja! ¿Y yo? Yo, que siempre he sido desgraciada...

—Monsieur Martin ignora quién ha matado a Couchet. Se acuesta. Transcurre un día sin que hablen de nada. Pero, la noche siguiente, usted se levanta para hurgar en su ropa. Busca inútilmente los billetes. Él la ve, usted le pregunta. Y estalla el ataque de rabia que oyó la vieja Mathilde detrás de la puerta. ¡Lo mató usted para nada! El idiota de Martin ha tirado los billetes. ¡Una fortuna arrojada al Sena por falta de agallas! El asunto la pone a usted enferma, le sube la fiebre. Martin, que ignora que es usted la asesina, había ido por la mañana a comunicarle la noticia a Roger.

»Y Roger había comprendido todo: su madre estaba en el patio, no le dejó pasar, la conoce bien. Creyendo que yo sospecho de él, teme que lo detengan, que lo acusen. Y no puede defenderse sin acusar a su madre. No es un muchacho simpático, pero seguramente el tipo de vida que lleva responde a alguna causa. Está asqueado, asqueado de las mujeres con las que se acuesta, de las drogas, del Montmartre por el que vegeta y, por encima de todo, de ese drama familiar cuyos mecanismos es el primero en adivinar. ¡Se arroja por la ventana!

Martin se apoyó en la pared, hundiendo el rostro entre los brazos. Pero su mujer miraba fijamente al comisario, como si tan sólo esperase el momento de intervenir en su relato, de atacar a su vez.

Entonces Maigret le acercó el informe de los dos abogados.

—En el transcurso de mi última visita, su marido siente tanto pánico que decide confesar su robo. Pero está usted ahí, él la ve por el resquicio de la

puerta. Le hace usted señas enérgicas y él calla.

»¿No es eso lo que le abre por fin los ojos? La interroga. ¡Sí, usted mató a Couchet! ¡Se lo grita a la cara! Lo mató por su culpa, para enmendar su olvido, por ese guante que se quedó sobre el escritorio. Y como usted, Madame Martin, lo ha matado, ni siquiera heredará, pese al testamento... ¡Ah, si al menos Martin fuese un hombre! Que se marche al extranjero; lo acusarán a él, la policía se calmará, y usted irá a reunirse con él, ya en poder de los millones. ¡Pobre Martin! —Maigret estuvo a punto de aplastar al buen hombre con una fuerte palmada en el hombro. Hablaba con voz sorda. Dejaba caer las palabras sin insistir—. Tanto esfuerzo para lograr ese dinero..., luego la muerte de Couchet..., Roger que se tira por la ventana... Y, en el último minuto, ve que va a quedarse usted sin un céntimo. Prefiere preparar usted misma el equipaje de Martin: maletas bien ordenadas, ropa interior para meses...

—¡Cállese! —suplicó Monsieur Martin.

La loca gritó. Maigret abrió la puerta de sopetón y la vieja Mathilde estuvo a punto de caer hacia delante.

La mujer salió corriendo, aterrada por el tono del comisario, y por primera vez cerró bien su puerta, echando la llave.

Maigret lanzó una última mirada a la habitación. Martin no se atrevía a moverse. Su mujer, sentada en la cama, flaca, marcándosele los omóplatos tras el camisón, seguía al policía con los ojos.

De repente se la veía tan seria, tan sosegada, que cualquiera se hubiera preguntado qué tramaba.

Maigret recordó ciertas miradas durante la escena precedente, ciertos movimientos de los labios. Y, exactamente al mismo tiempo que Martin, intuyó lo que pasaba.

No podían intervenir. La cosa se produjo al margen de ellos, como en una pesadilla.

Madame Martin estaba flaca, flaquísima. Y en sus rasgos se intensificaba por momentos una expresión de dolor. ¿Qué buscaban sus ojos en los objetos más triviales de la habitación?

¿Qué escudriñaba con atención a través de la estancia?

Su frente se arrugaba. Le latían las sienes.

—¡Tengo miedo! —gritó Martin.

Todo seguía igual en el edificio. Un camión entraba en el patio y se oía la voz chillona de la portera.

Parecía como si Madame Martin realizase un gran esfuerzo, ella sola, para salvar una montaña inaccesible. En dos ocasiones hizo ademán de ahuyentar algo de su rostro. Por fin tragó saliva y sonrió como quien alcanza una meta:

—Vendréis todos a pedirme dinero, ya lo veréis. Y yo le diré a mi notario que no os dé nada.

Martin se estremeció de los pies a la cabeza. Comprendió que aquello no era un delirio pasajero, provocado por la fiebre.

Había perdido la razón ¡definitivamente!

—No podemos echárselo en cara. Ella nunca ha sido como los demás, ¿verdad? —se lamentó.

Esperaba que el comisario le diese la razón.

Ah, pobre Martin.

Martin lloraba. Se aferraba a la mano de su mujer y se la restregaba por la cara. Ella lo rechazaba, y en su rostro se dibujaba una desdeñosa sonrisa de superioridad.

—No más de quinientos francos cada vez. Ya he sufrido lo bastante como para...

—Voy a telefonar a Sainte-Anne —dijo Maigret.

—¿Usted cree? ¿Es..., es necesario internarla?

¿La fuerza de la costumbre? A Monsieur Martin le aterraba la idea de abandonar su casa, ese ambiente de recriminaciones y discusiones diarias, esa vida sórdida, separarse de aquella mujer que, por última vez, intentaba pensar pero que, desalentada, vencida, se tendió en la cama, invadida por una gran esperanza, y balbucía:

—Que me traigan la llave.

Minutos después Maigret cruzaba como un forastero el hormiguero de la calle. Tenía un tremendo dolor de cabeza, cosa que le ocurría raras veces, y entró en una farmacia para comprar y tomarse un comprimido.

No veía nada a su alrededor. Los ruidos de la calle se confundían con otros ruidos, especialmente de voces, que seguían resonando en su cráneo.

Una imagen le obsesionaba en particular: Madame Martin levantándose de la cama, hurgando en la ropa de su marido y buscando el dinero. Y Martin observándola desde la cama.

La mirada inquisidora de la mujer.

«Los he tirado al Sena».

En ese momento algo se había resquebrajado. O, más bien, lo que había ocurrido era que a aquella mujer se le había trastornado el cerebro. Ya de joven, en la confitería de Meaux...

Sólo que no se notaba. Era una muchacha casi guapa. A nadie le preocupaban sus labios demasiado finos.

Y Couchet se casó con ella.

«¿Qué será de mí si te ocurriese algo?».

A Maigret le costó encontrar el Boulevard Beaumarchais. Pensó en Nine, sin motivo alguno.

—¡No cobrará nada! Ni un céntimo —murmuró a media voz—. Anularán el testamento. Y todo irá a parar a Madame Couchet, de soltera Dormoy.

El coronel habría iniciado ya las gestiones. Era natural. Se lo llevaría todo Madame Couchet. Todos los millones.

Era una mujer distinguida, que sabría comportarse según su rango.

Maigret subió lentamente las escaleras del piso del Boulevard Richard-Lenoir.

—Adivina quién ha venido.

Madame Maigret ponía cuatro servicios sobre el mantel blanco. Maigret vio una botella de Mirabelle en el aparador.

—¡Tu hermana! —respondió el comisario.

No era difícil adivinarlo, porque cada vez que venía de Alsacia traía una botella de aguardiente de frutas y un jamón ahumado.

—Ha ido de compras con André. —Era el marido. Un buen tipo que dirigía una fábrica de ladrillos—. Pareces cansado. Espero que hoy no tengas que salir.

Maigret no salió. A las nueve de la noche jugaba al *nain jaune* con sus cuñados. La botella de Mirabelle embalsamaba el comedor.

Y Madame Maigret soltaba continuas carcajadas, porque siempre se equivocaba con las cartas y cometía todas las tonterías imaginables.

—¿Seguro que no tienes ningún nueve?

—Claro que tengo.

—Entonces, ¿por qué no lo juegas?

Todo aquello era para Maigret como un baño caliente. Se le había pasado el dolor de cabeza.

Había dejado de pensar en Madame Martin, a quien una ambulancia conducía a Sainte-Anne, mientras el marido, solo, sollozaba en la escalera vacía.



GEORGES SIMENON nació en Lieja en 1903 en una familia de escasos medios. Pese a ser un alumno dotado, abandona pronto la escuela y a los diecisiete años consigue entrar como reportero local en la *Gazette de Liège*. En 1922, tras llegar a París, se introduce en los ambientes de Montmartre, publica con seudónimo numerosas novelas populares y se codea con figuras como Colette, Vlamincq, Picasso y Joséphine Baker. En 1931 inicia la célebre serie de novelas protagonizadas por el comisario Maigret. Se abre entonces una época de grandes viajes, que lo llevan a lugares tan dispares como África, Taití, Australia o el Mar Rojo. De regreso en París, inicia una fructífera amistad con Gide y comienza la publicación de las llamadas «novelas duras». Durante la segunda guerra mundial ocupa con eficacia el cargo de alto comisario para los refugiados belgas, pero la necesidad de mantener a la familia le obliga a no olvidar la escritura. Acabada la guerra, se instala en Norteamérica (Québec, Arizona, Connecticut), y en 1955, dos años después de una gira «triumfal» por Europa, decide volver definitivamente a Francia. Más tarde buscará la tranquilidad familiar y vital en Suiza, donde nacerá su cuarto y último hijo. En 1960 preside el festival de Cannes, dato muy ilustrativo del cortejo a que lo someten los medios de comunicación. En

1972 decide abandonar del todo la narrativa, lo que no le impide seguir escribiendo textos autobiográficos, y muere en Lausanne en 1989.

Última revisión por UMDN: 26 de abril de 2022

